

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 15
Directo r: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, OCTUBRE 7 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



JESÚS SERVIDO POR LOS ÁNGELES.

Cuadro de la Academia Nacional.—México.



**1. Un poco de literatura.--2. ¿Quo Vadis?
por Henrik Sienkiewicz.--3. La muerte de los dioses, por Merejkowski.**

1.—Ya sé que con vosotros, lectores, hay que gastar pocas disertaciones y que si no voy tras los aplausos, tampoco anhelo vuestros bostezos; amén de que el bostezo del lector se siente en el artículo impreso por no sé qué fenómeno especial y mi querido y excelente amigo el editor de "El Mundo Ilustrado" tiene un maravilloso instinto para adivinar el bostezo de su público y con muy finos modos me lo haría ver. ¡No, que el público proteste, que se indigne, que destruya el periódico, que grite, que odie, pero que no bostece, eso no! Y quién sabe cuántos pecados de estos me habrá perdonado ya el editor, por mera amistad! Pero no colmemos la medida.

En consecuencia, sin preámbulos ni academias, os diré que me gustan mucho las novelas históricas; son terriblemente facticias y "convencionales," pero todo en literatura es convencional y luego hay novelas históricas y novelas históricas. Yo agradezco mucho á Alejandro Dumas que me haya enseñado, no la historia de Francia, sino el amor á la historia de Francia, á Fernández González, á Walter Scott, que me hayan mostrado vivos á tantos y tantos, espléndidos en lo malo y lo bueno, de los grandes muertos de la historia. Y de aquí proviene el interés de la novela histórica; en la simple novela los personajes tienen una vida abstracta, hecha con elementos de realidad, es cierto, mientras más numerosas sean las moléculas de vida real que circulen por las venas de estos fantasmas, más nos impresionan, más nos atañen, más nos tocan y vivimos más con ellos. Pero en la novela histórica, el personaje no es una creación, es una resurrección; fué una realidad que vuelve á serlo, y si no nos interesa más, creemos más en él que en el individuo que se mueve en la novela realista ó psicológica.

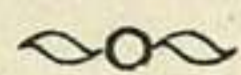
Por supuesto, la historia, tal como la trataron en sus novelas Dumas ó Fernández y González, resulta un traje de vestuario de teatro acomodado á la medida de imposibles aventuras de brocha gorda: Francisco I, Enrique IV, Richelieu, Ana de Austria, María Antonieta, Cagliostro y Dantón, son Alejandro Dumas y son Fernández y González, Pedro el Cruel y Felipe el II, Quevedo y la Princesa de los Ursinos; lo que salva grandes fragmentos de estas enormes decoraciones teatrales es el poder del colorido, de la fantasía, de la poesía á veces. Pero resultan crónicas escandalosas de una época bordadas con gruesos hilos multicolores: como procedimiento es el mismo que el que emplean los "repórters" actuales que llenan una cara de un diario para decir que un perro rabioso mordió á la "amasia" del dueño de una maicería.

La aparición de las novelas en que los autores tenían el propósito de penetrar de veras en el alma de los pueblos muertos, de servirse de la fábula novelesca para ahondar la psicología de los hombres grandes, y de probar, por la exactitud de la decoración y la verdad del color local, su ciencia y su erudición, han abundado en todos los países desde las reconstrucciones frías de Ebers, en Alemania, y la maravillosamente colorida tentativa de Flaubert en Salammbó hasta estas vastas tragedias, cuyos nombres figuran al frente de esta revista. Esta transformación de la novela histórica corresponde á la transformación de los estudios históricos, á los elementos de verdad científicamente comprobada, que la crítica obliga al historiador moderno á tomar únicamente en cuenta, así como los estudios históricos se han penetrado cada día más del espíritu de la novela realista, repugnando todo lo que parezca emoción é intervención del sentimiento del historiador en la narración de los hechos: ni el novelista siente, ni el historiador falla: ambos exponen.

Algunos de los cuentos históricos de Pérez Galdós, la Guerra y la Paz de Tolstoi, otras que

sería cansado enumerar aquí y que han surgido tanto en el grupo latino, como en el germánico y el eslavo, pero sobre todo, la arriba citada de Tolstoi, la primera serie del famoso novelista español y, en Francia, la "Force," de Paul Adam quizás y dos ó tres esbozos incomparables de France Lémaitre (Thais, Myrra) son típicos en este género literario, que puede llamarse nuevo, por la profunda evolución que ha sufrido.

Y llegará á suceder que todo lo que la historia científica pierda de poesía y de estética, para ganar en precisión, en exactitud y en imparcialidad, lo ganará la novela histórica, al grado de que, en lo porvenir, ó mucho me equivoco, ó será el novelista historiador el vehículo de comunicación entre el pueblo y la ciencia.



2.—Las cualidades de imaginación y sentimiento poético que Taine exige del historiador en su ensayo sobre Livio, serán las características de los noveladores de lo porvenir: y, sin duda, hay historiadores poetas como Michelet y Carlyle, y hay poetas historiadores como Lamartine y Chateaubriand, á quienes la escuela científica respeta y admira, pero no da carta de ciudadanía en su reino; con estos excluidos, pero no despreciados, se confunden el autor de la "Débauché" y de "¿Quo Vadis?" Son poetas, sus obras son epopeyas, pero toda la imaginación, el sentimiento y el colorido, están cristalizados en derredor del hilo de fierro de la verdad histórica.

"¿Quo Vadis?" es una novela popular, no sólo entre los eslavos, sino entre los ingleses y los alemanes, y hoy es leída en Francia. Si Renan no hubiese escrito el "Antecristo," es claro que "¿Quo vadis?" no habría venido á la estampa; pero el autor ha entrado en su empresa de restauración de un momento supremo en la historia de la civilización humana, el principio de la lucha entre el cristianismo y el imperio, con una riqueza de datos realmente pasmosa, en quien no es un profesor. El medio social de los tiempos neronianos, el miedo erigido en Dios y la abyección, en Religión; la monstruosidad de los crímenes ideados y cometidos gracias á la omnipotencia del emperador y á la debilidad infantil de su cerebro de megalómano y erotómano (perdón lectores por estas dulces palabritas); la formación severa, triste y grandiosa del grupo cristiano en las vísceras podridas de aquella sociedad en disolución; dos ó tres tipos entresacados de la masa, como el de "Petronius-arbiter," el del griego-rufián y mártir al fin, dibujados, el primero con un arte y el segundo con una verdad sorprendentes, y la belleza magistral de las descripciones, mucho menos líricas que las de "los Mártires" de Chateaubriand; pero más expresivas, y más impresionantes por la verdad que se adivina en ellas: el incendio de Roma, las reuniones de los cristianos en el "ostriacum," verbi gracia, son, entre otras muchas, verdaderas creaciones geniales, tanto así es el poder de evocación del autor y tan soberbia la traslación á la palabra y al cuadro escrito.

Véase un fragmento de una de estas obras pictóricas: es un banquete en honor del emperador-cantante; en un momento dado aparece ante la joven cristiana protagonista del drama y su joven amante, el monstruo imperial: hé aquí cómo:

La aparición de Nerón en el inmenso festín, rápidamente tornándose en orgía, ante Lygia la bella cristiana es imponente:

"Bien había dicho Actea; César inclinado sobre la mesa, medio cerrado un ojo, había acercado al otro su esmeralda monocular: la miraba. Su mirada se cruzó con la de Lygia y el corazón de la virgen se congeló. Niña todavía en las campiñas Sicilianas se dejaba contar por una vieja esclava egipcia, historias de dragones, guardianes de cavernas y parecía que el ojo glauco de uno de aquellos monstruos la miraba fijamente. Como un niño asustado asió la mano de su compañero y en su cerebro surgieron sucesivamente rápidas y caóticas impresiones: Así, pues, él era, ese era, ese el espantable puédo-lo-todo... Nunca lo había visto, mas se lo imaginaba diferente. Figurábase una faz hórrida, en cuyos rasgos el furor apareciese siempre... Y veía una cabeza enorme plantada sobre enorme nuca, una cabeza terrífica, sí, pero grotesca, y semejante de lejos á la cabeza de un párvulo monstruoso. Una túnica ametiste, prohibida á los simples mortales, daba reflejos azules á

aquel rostro corto y ancho: la sombría cabellera, según la moda introducida por Othon, rizados en cuatro gradas de pisos superpuestos."

"No tenía barba, muy poco hacía que la había consagrado á Júpiter, y Roma entera le había otorgado un voto de gracias, aun cuando se cuchicheaba que el emperador había hecho tal sacrificio, porque, como todos los de su familia, tenía la barba rojiza. Con todo en el marcado relieve de su frente, por encima de las cejas algo de olímpico había; y su fruncido ceño lo revelaban consciente de su omnipotencia. Pero bajo aquella frente de simi-diós muequeaba una faz de simio, ahogada en grasa prematura, llena de inconstantes deseos, un rostro de alcohólico y de cabatino. A Lygia parecióle siniestro, horrendo ante todo. Bajó su esmeralda; entonces vió la cristiana dos ojos saltones, parpadeantes en la luz excesiva, vacíos de expresión, vidriosos, como si fuesen ojos de agonizante."

He aquí ahora la descripción de una lucha en el Circo entre un cristiano y una fiera. El cristiano es un gigantesco atleta bárbaro "Ursus," protector de la joven heroína del drama, mandada al martirio por Nerón y Tigelino:

"Súbitamente enmudeció el anfiteatro. Los augustanes se levantaron de sus asientos como un solo hombre. En la "arena" pasaba una cosa jamás vista. Al mirar á su princesa atada á los cuernos del toro salvaje, el ligio, humilde hacía un momento y pronto á la muerte, había dado un salto como si lo hubiesen tocado con un hierro candente y enarcada la espina dorsal, se lanzaba oblicuamente hacia la fiera en demencia. De todos los pechos se escapó un grito breve de estupor, seguido de un sordo silencio."

"De un brinco el ligio había llegado hasta el animal y lo había atrapado por los cuernos. Los pechos no tenían soplo; en el anfiteatro se habría escuchado el zumbido de una mosca. Nada semejante se había visto desde que Roma era Roma."

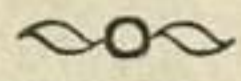
"Tenía el hombre á la bestia por los cuernos; hasta arriba del tobillo, sus pies estaban sembrados en la arena; su espinazo se había tendido como un arco armado; entre sus hombros desaparecía su cabeza; los músculos de sus brazos habían emergido con relieve tal, que la epidermis parecía á punto de estallar sobre sus protuberancias. Pero había parado de golpe al toro, y el hombre y el animal se clavaban en una inmovilidad tan absoluta, que los espectadores creían tener ante ellos un grupo esculpido de los trabajos de Hércules ó Teseo. Mas de esta aparente fijeza se infería la espantable tensión de dos fuerzas encabritadas. El "Aurocs" por sus cuatro patas estaba enclavado en la arena y la masa sombría y velluda de su cuerpo se había contraído á manera de gigantesca bola. ¿Cuál de entrambos agotaría su fuerza y caería el primero? Esto para los espectadores fanáticos tenía en aquel punto mayor importancia, más peso que su propio destino, que la suerte de Roma, ó que su dominio sobre el mundo. En tal momento, el ligio era un semi-diós; César mismo se había puesto en pie. Conociendo la fuerza del hombre, él y Tigelino habían de propósito organizado este espectáculo, diciéndose para su colete irónicamente: que eche por tierra al toro que le hemos escogido."

"Ahora contemplaban estupefactos el cuadro que ante ellos tenían, incapaces de figurarse que fuese real. Algunos hombres habían levantado los brazos en el anfiteatro y se immobilizaban en esta postura; tenían otros inundada de sudor la frente, como si estuviesen luchando. Sólo se oía en el hemicírculo la "extridulación" de las lámparas y el crepitar de las brasillas que goteaban de las antorchas. Las palabras habían expirado en las bocas: latían los corazones como si quisiesen romper los pechos. A todos parecía que la lucha duraba hacía un siglo."

"Y el hombre y el animal petrificados en su esfuerzo atroz, permanecían encadenados en la arena. De repente un mugido sordo y gemebundo ascendió de la arena. Brotó un clamor de todas las gargantas y de nuevo quedó todo en absoluto silencio. ¿Era un sueño? Entre los férreos brazos del bárbaro la enorme cabeza viraba poco á poco... El rostro del ligio, se surca y sus brazos se ennegrecían; mas todavía se doblaba el arco dorsal; se veía que recogía el resto de sus fuerzas sobrehumanas y que se agotaban por instantes... Cada vez más estrangulado, más doloroso, más ronco, el mugido del Aurocs se mez-

elaba al soplo estridente del ligio; giraba cada vez más la cabeza del animal y de improviso escapóse de su gola una enorme lengua babosa."

"Todavía un instante y los oídos de los espectadores próximos escucharon el sordo crugido de sus huesos machacados; y luego el auro se desplomó como una masa, quebrado el morrillo, muerto. En un abrir y cerrar de ojos, el gigante había desligado á la virgen y alzádola en sus brazos; después se puso á jaderar precipitadamente, lívido el rostro, aglutinados los cabellos de sudor, que empapaba su cuello y sus brazos. Permaneció un instante inmóvil y como estúpido, luego levantó los ojos y miró á los espectadores. El circo estaba demente."



3.—La novela de Merejkowski no es el gran poema en prosa palpitante del joven novelista polaco, pero indica también un esfuerzo heroico y frecuentemente feliz por vivir la realidad muerta de la historia y transcribirla viviente también á la labor artística que, no por ser á veces difusa y disertante, según el gusto que domina en todos los autores rusos, pierde quizás ni un sólo instante su interés. ¿O el interés será para los profesores de historia nada más? Se trata de la primera época del cristianismo triunfante y de la tentativa profundamente interesante, en su imposibilidad misma y á causa de ella quizás, del emperador Juliano (el Apóstata) de restaurar el culto pagano, el culto de los dioses olímpicos como él decía. El protagonista es el joven emperador y la novela es la extraña y dolorosa novela de su vida: sobrino y primo de Constantino y sus hijos, condenado á muerte por su nacimiento mismo, arrastrando su juventud en la miseria, en el odio secreto, pero profundo al cristianismo, á su parecer autor de todos sus males, clériguillo hipócrita en su adolescencia para salvar su vida, y á ocultas adorador extático de la belleza helénica y del pensamiento helénico, sobre todo; entregado á las supersticiones, á las creencias de los ocultistas, los magos, los teurgos de su tiempo; luego soldado, príncipe victorioso, emperador al fin empeñado en destruir al cristianismo á fuerza de tolerancia y libertad religiosa para que todas las sectas cristianas viviendo juntas se entredestruyesen y sólo quedasen en pie los "templa serena" del paganismo, tal fué la vida de Juliano, tal es la trama de la novela, conducida con arte peregrino al través de extraordinarios episodios en que se pasan en revista todos los componentes principales de aquella época en el orden social, moral é intelectual, hasta la muerte, augusta en su sencillez guerrera y en su estoica austeridad, del tenaz enemigo del "Galileo."

He aquí cómo cuenta el novelista un episodio de la lucha entre Juliano y los cristianos. Se trata del bosque de Dafué que en las cercanías de Antioquía estaba dedicado á Apolo, cuyo templo rodeaba. El emperador ordena que el sagrado bosque sea purificado y que, por tanto, se extraigan de éstas las reliquias de un mártir cristiano depositadas en una iglesia cercana al templo. Los "galileos" (así llamaba Juliano á los cristianos) incendian, entonces, el bosque. El emperador lo sabe y acude; dejamos la palabra al autor:

"Juliano atravesó al galope las calles de Antioquía, seguido de cincuenta legionarios; aterrada la muchedumbre se dispersaba ante ellos; aquí fué pisoteado uno; allá fué machucado otro; sus gritos fueron dominados por el trueno constante de los cascos y el ruido de las armas. Salieron al campo; durante dos horas continuó aquella carrera enloquecedora; tres legionarios cayeron sobre sus caballos muertos."

"La luz era cada vez más viva; se oía el humo ya, en los campos y en sus polvosos sembrados había reflejos de sangre; precipitábanse los curiosos de todas partes, como las mariposas hacia la llama. Notó Juliano la alegría estampada en los rostros como si aquellas gentes corriesen á una fiesta."

"Brillaron por fin las lenguas de fuego entre las espiras del humo, sobre las negras cimas denticuladas del bosque de Dafué. Penetró el emperador en el sagrado recinto en donde mugía la multitud; muchos reían y cambiaban bromas. Las tranquilas avenidas, enteramente abandonadas, tantos años hacía, estaban llenas de gente; el populacho profanaba el bosque, rompía las ra-

mas de los laureles venerandos, enturbaba las fuentes, hollaba las tiernas flores dormidas. Moribundos, los narcisos y los lirios, luchaban con su perfumada frescura contra el calor asfixiante del fuego y el hálito del populacho.

—Un milagro de Dios,—murmuraba alegremente la multitud.

—Yo he visto caer un rayo del cielo é incendiar la techumbre.

—No, mientes; la tierra se abrió en el interior del templo y vomitó llamas precisamente bajo el ídolo.

—Pardiez, después de la orden abominable de sacar las reliquias! ¿Qué, creían que eso iba á pasar nada más así. . . . ?

"Juliano vió entre la multitud, á una mujer casi desnuda, como si saliese del lecho; admiraba el fuego con una sonrisa estúpida, arrullando entre sus brazos á un niño de pecho; temblaban todavía las lágrimas en las pestañas del inocente, pero se calmaba chupando ávidamente el seno en que apoyaba una mano mientras tendía la otra hacia el fuego como si hubiese querido alcanzar un juguete.—El emperador detuvo su caballo; el calor impedía avanzar; Juliano comprendió que el templo estaba perdido."

"El edificio ardía de arriba abajo, formando una sola inmensa hoguera; los muros, las vigas, las maderas talladas se desplomaban con estrépito, y torbellinos de chispas subían al cielo que se abajaba cada vez más, amenazador y sangriento; las llamas lamían las nubes, se debatían contra los apretones del viento y sonaban como pesada vela. Las hojas de laurel se torcían en el calor, como si sufriesen y se contraían; encendíanse como gigantescas antorchas las cimas de los cipreses y su humo blanco semejaba el humo de los sacrificios. Caían apretadas las gotas de resina, como si los árboles seculares, contemporáneos del templo, llorasen al Dios con lágrimas de oro. Juliano miraba con ojos feroces el incendio; de improviso desenvainando su espada y encabritando su caballo, sólo pudo articular entre sus apretados dientes, con impotente furor: "¡miserables, miserables!"

Luego traza el autor en un cuadro vivo y patético la muerte del gran sacrificador del niño del templo, la emoción de Juliano, "que con veneración, se arrodilló delante de los mártires de los dioses olímpicos; á despecho de la pérdida del templo, á despecho del estúpido triunfo del populacho, Juliano sentía la presencia del Dios en aquella muerte. Su corazón se apaciguaba, aún su odio se desvanecía y con lágrimas humildes besaba la mano del agonizante anciano, sobre cuyos cabellos de nieve resaltaban las gotas de sangre semejantes á frutos rojos, mientras las hojas de laurel sagrado se enlazaban coronando la cabeza del sacrificador; á su lado reposaba el cuerpo del niño, cuyo lívido rostro parecía más bello aún con sus blondos cabellos empolvados de sangre."

"Súbitamente resuenan cánticos de alegría; volvió el emperador el rostro y vió en la principal avenida de cipreses desenvolverse una larga procesión, una innúmera muchedumbre de viejos sacerdotes vestidos de dalmáticas de tela de oro cuajadas de gemas, de diáconos balanceando sus incensarios, de negros monjes llevando cirios encendidos, de vírgenes y adolescentes vestidos de blanco, niños que agitaban palmas por encima de la muchedumbre, y sobre un carro soberbio, las reliquias de S. Valeriano en su urna de plata, en que se reflejaban las llamas. Eran las reliquias arrojadas por orden del César del templo de Dafué; pero la expulsión se transformaba en marcha triunfal. Cantaba el pueblo el antiguo salmo de David glorificando al Dios de Israel; dominando los silbidos del viento, el estrépito del incendio, el canto de victoria de los galileos iba hacia el cielo iluminado por las llamas:

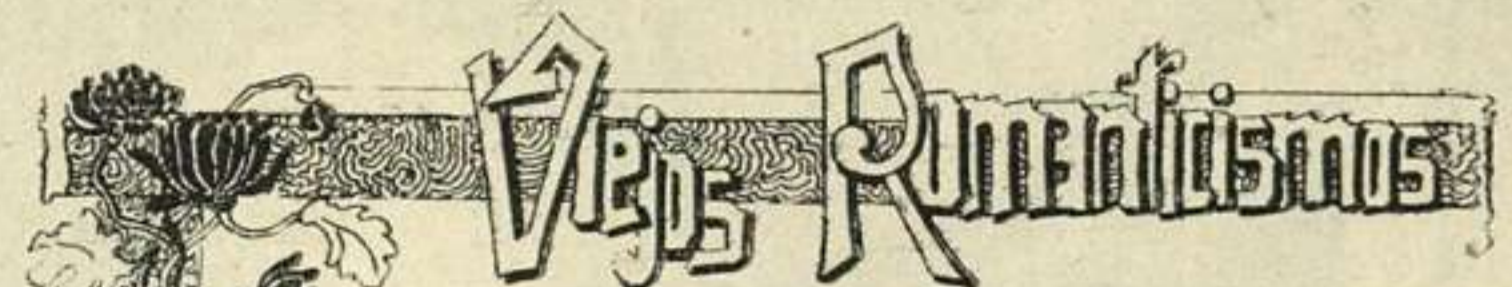
Rodeando las tenebras y las nubes,
Ante él va el fuego que extermina á sus enemigos;
Las montañas, como la cera, se funden
Ante la faz del Señor Dios,
Del Señor del Universo."

"Juliano lívido, escuchaba resonar el último versículo que palpita de alegría y audacia:
Que tiemblen los que sirven á los ídolos y se
(vanaglorian de ello;
Inclínense ante El todos los dioses."

"Detuvo el emperador su caballo, desenvainó su espada y gritó: seguidme, soldados. Uno de los ancianos filósofos que lo acompañaban los

detuvo; Juliano volvió en sí, se arrancó el casco que le quemaba la cabeza y dirigiéndose á la multitud, le arrojó al rostro un apóstrofe terrible que terminaba así: "si los dioses me conceden volver victorioso de los persas, desgraciados de vosotros, tumultuarios; desgraciado de tí, nazareno, hijo de carpintero."—De repente le pareció que una voz extraña le decía: el nazareno, hijo de carpintero, te prepara tu ataúd.—Juliano, que había tendido su espada sobre la multitud, buscó asombrado en torno suyo. En ese momento resonó un rumor terrible, el techo del templo vino por tierra; rodó de su pedestal el ídolo y lanzó un gemido quejumbroso la copa de oro que en la mano tenía. Vaciló la columna del pórtico y el capitel corintio, con tierna gracia se inclinó y cayó como un lirio quebrado en su tallo y el antiguo salmo de David lo dominaba todo: tiemblen cuantos sirven á los ídolos."

Justo Sierra.



Perlas

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas,
la inspiración baja á veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.

Y en cada uno de mis versos,
viven, con vida siniestra,
mis deseos, mis dolores,
mis dudas y mis creencias.
¿Qué mucho que yo los ame?
¿Qué mucho que yo los lea
si son hojas arrancadas
al libro de mi existencia?

Cuando en mi obscura memoria
la frase brillando queda
como en un girón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo
la inspiración á cogerla,
que en esa frase palpita
mi corazón de poeta.

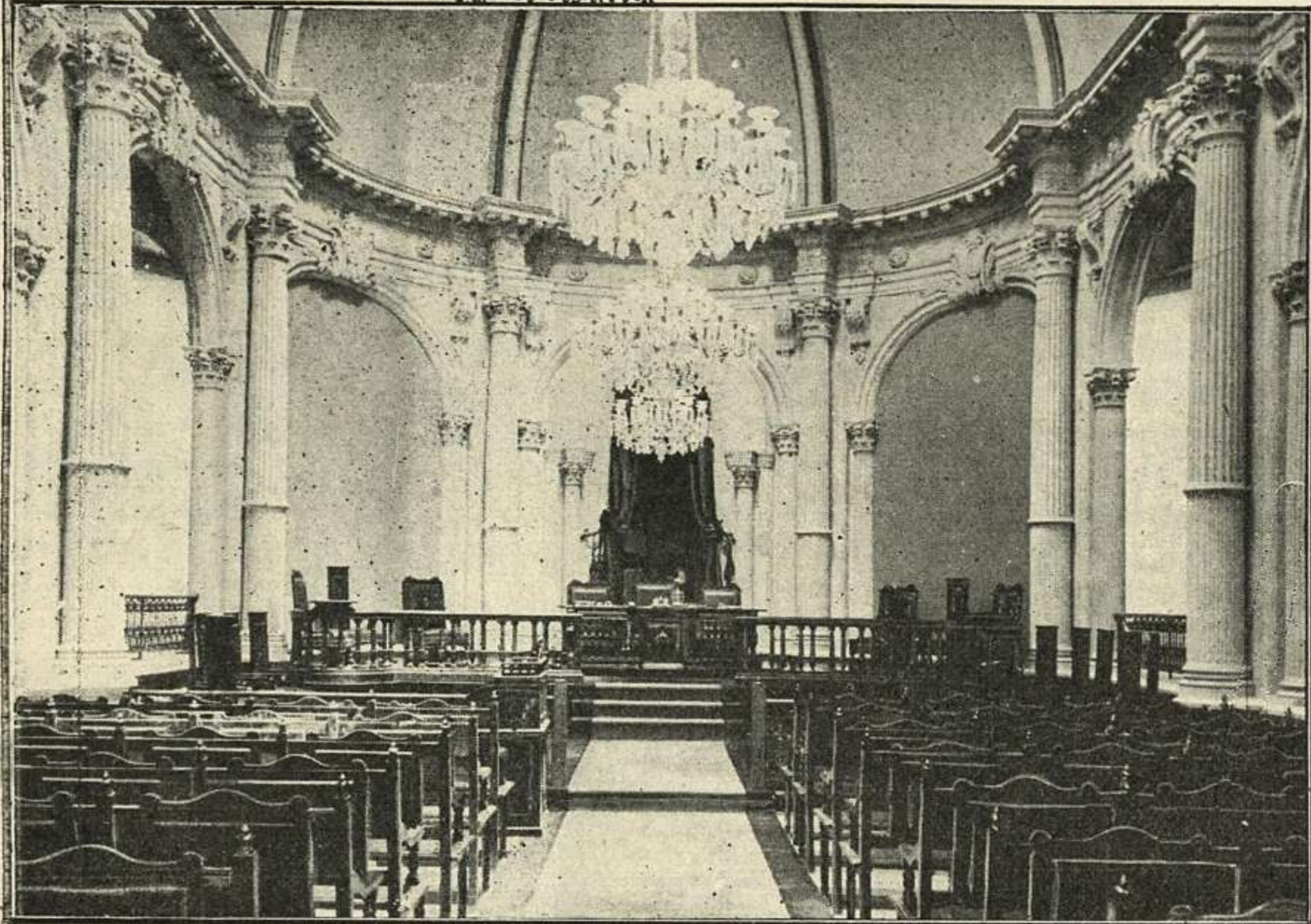
Siempre que á soñar me pongo
encantadoras quimeras,
imposibles ideales,
seres de extraña belleza
que habitan en luminosas
arquitecturas aéreas;
formas que suben aisladas,
y diáfanas y serenas
como los ángeles blancos
de la Divina Comedia,
la realidad de la vida,
inflexible, me despierta,
y quedo confuso y triste
sintiendo angustias supremas,
como esas aves que huyen
en busca de primavera
y en alta mar les sorprende
el furor de la tormenta.

Entonces, escribo, escribo;
con una ternura inmensa
que sólo cuando hago versos
el alma llora y se queja,
y la inspiración se hunde
en el mar de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y sin embargo, en el fondo
cuántos dolores se quedan
sin expresión, tan intensos
que no caben en la idea,
porque son deseos vagos,
aspiraciones inmensas
á las que exploran espacios,
sueños de cosas eternas,
nostalgias de extraños mundos,
citas de lo que no llega . . .
la inspiración es un buzo
que no ha pescado esas perlas.

Luis G. Urbina.



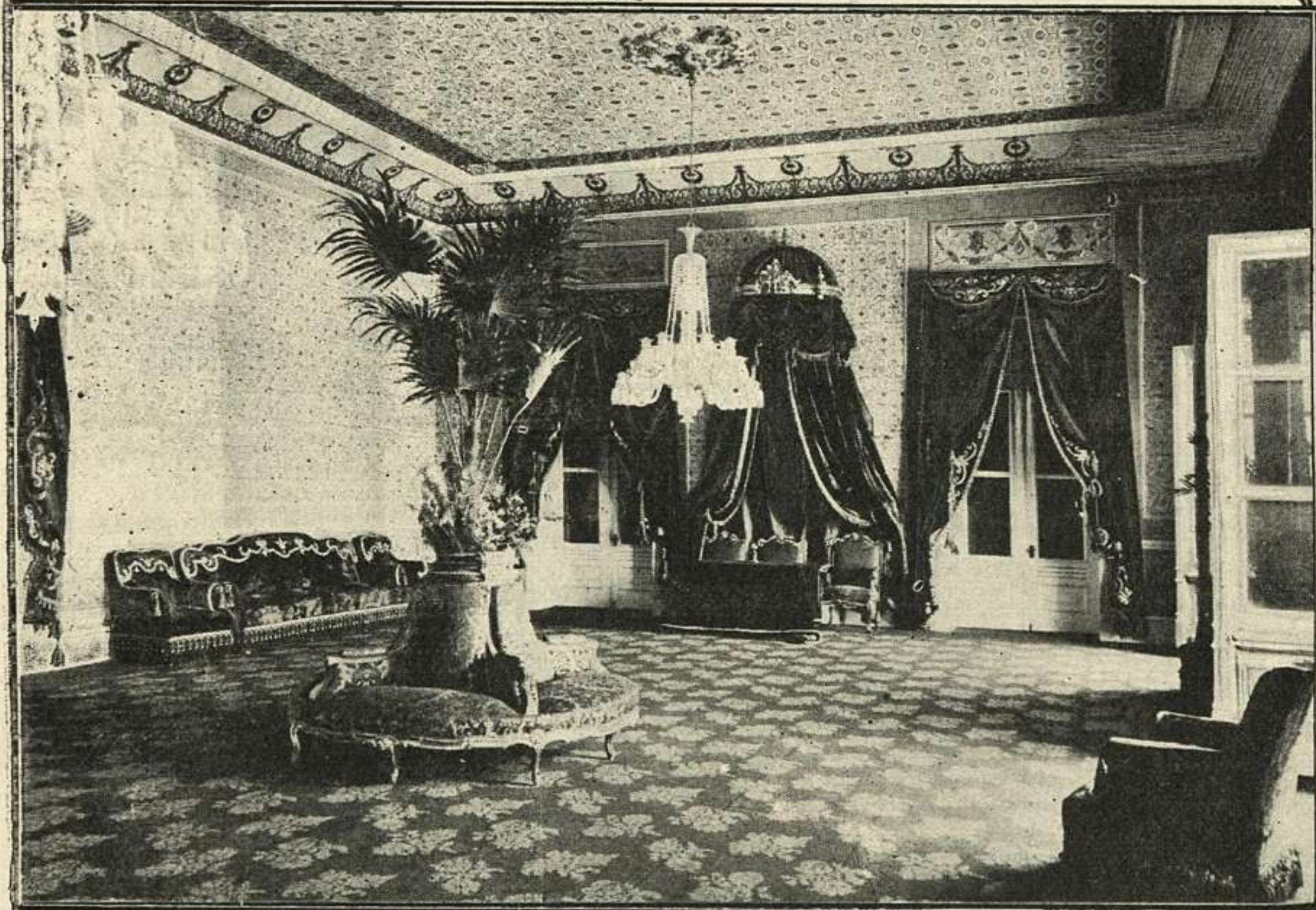
Palacio de Gobierno y Plaza Hidalgo



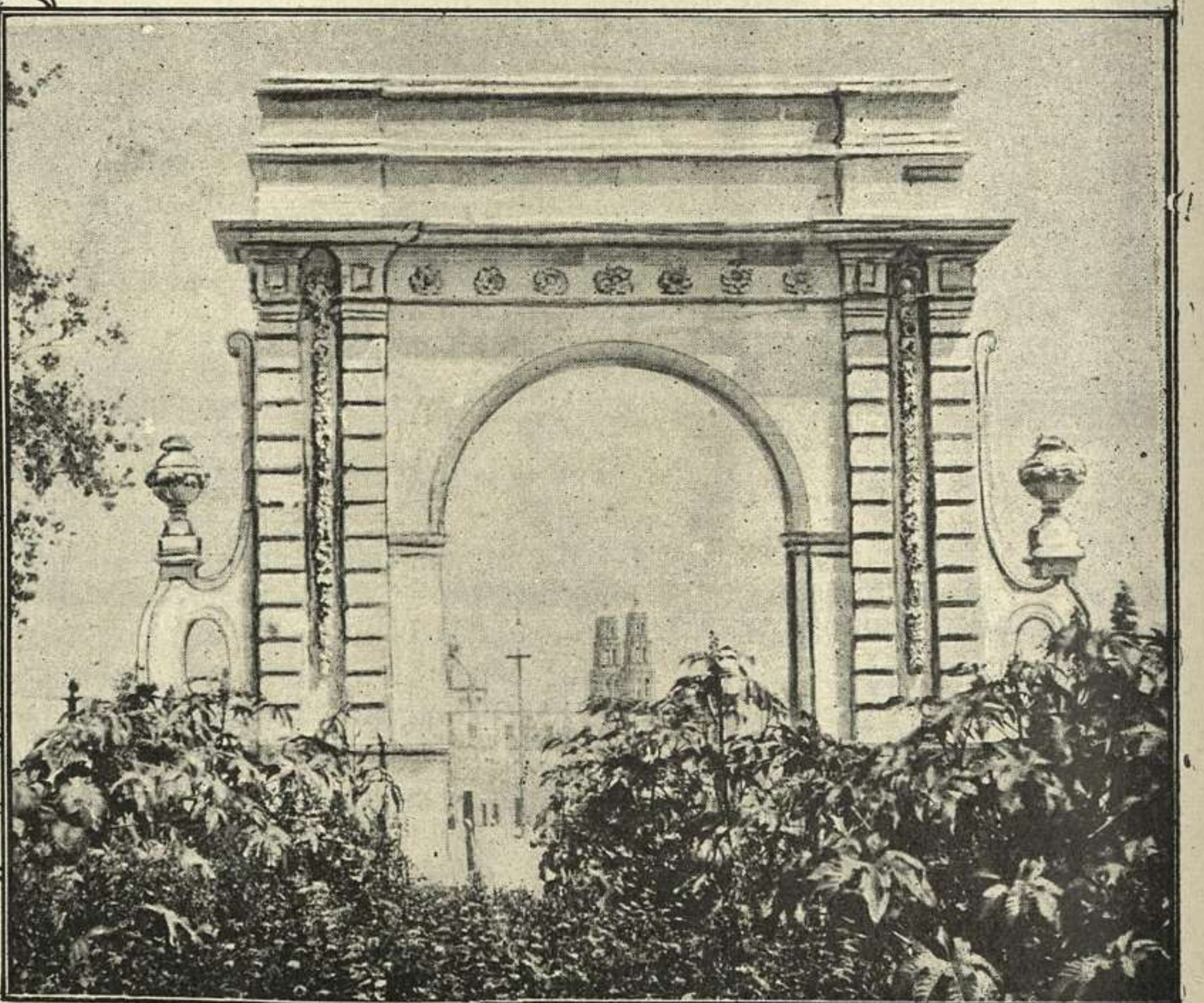
Salon de sesiones del Congreso del Estado



Sala de operaciones del Hospital "Porfirio Diaz"



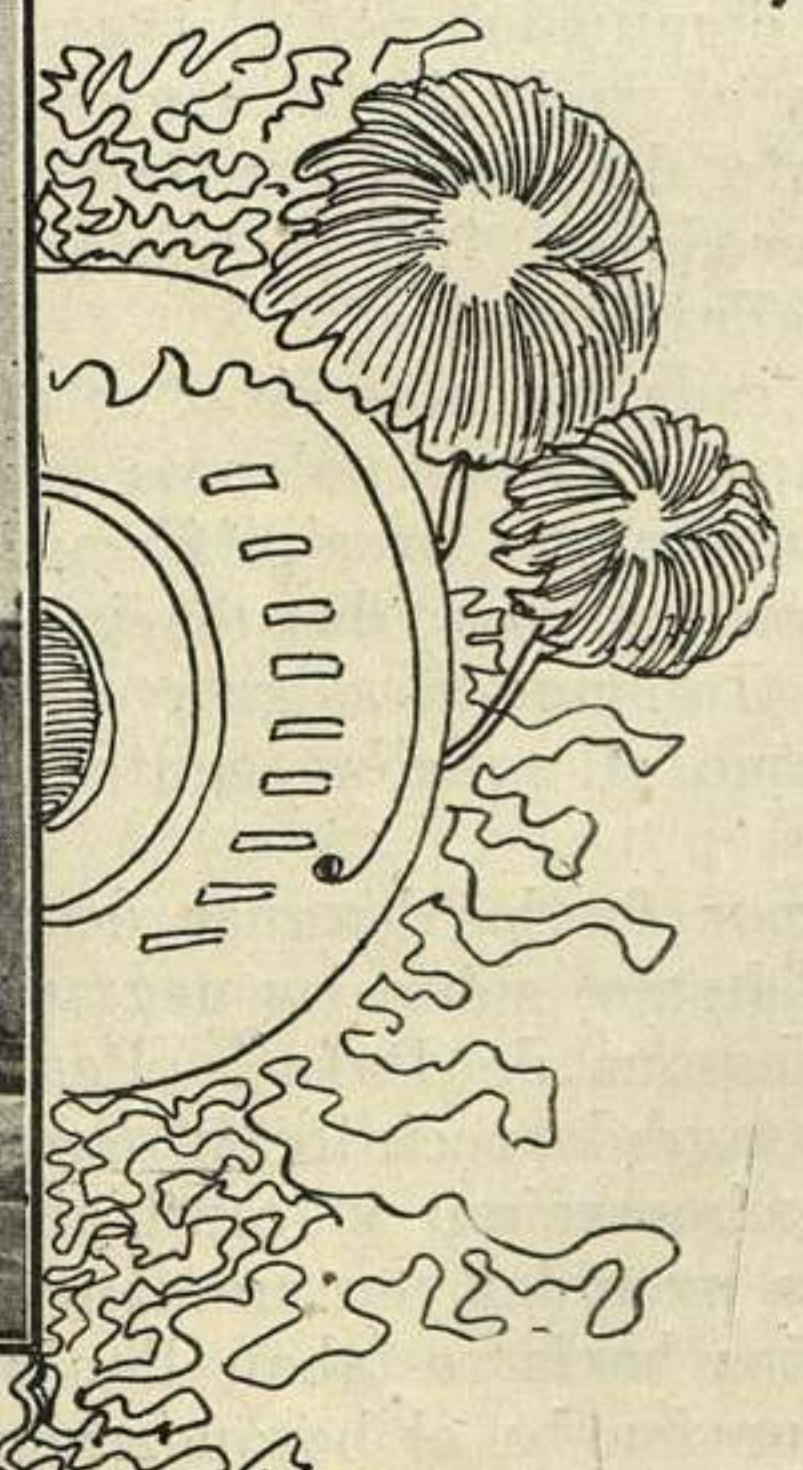
Salon de recepciones del Palacio de Gobierno



Arco de entrada al Parque Lerdo de Tejada.



Hospital "Porfirio Diaz"



Era una mañanita alegre.....

Cuando todos se fueron al panteón siguiendo el ataúd de nuestro infortunado amigo y en el cuarto sólo quedaron los perfumes de las rosas marchitas, de las ceras que ardieron y de los pomos de las medicinas; cuando al silencio respetuoso que todos guardábamos ante el cadáver, se siguió el tético de la soledad y del dolor pasado, comprendí que era innecesario retener por más tiempo aquel cuarto de alquiler y me propuse reunir cuánto en él hubiera sido de mi amigo y salir, marcharme lejos, para siempre, del tristísimo escenario de nuestros dolores.

Y así lo hice. Arranqué primero de las paredes algunas fotografías de gente mundana, único adorno de aquellos muros; luego hundi en un "mundo" cuanta ropa me vino á las manos, y por último, fuí al lugar del tesoro: al pupitre que imitando madera fina era la nota de elegancia de que nuestro amigo,—en horas de buen humor,—solía envanecerse.

Allí estaba todo, todo el legado de que yo debía apoderarme para ordenar las páginas de un libro que el infortunado artista venía tabajando hacía mucho tiempo.

De ese libro habían de salir las monedas necesarias para comprar dos cruces: una para él, "pequeñita y pobre—me decía con voz apagada, ya próximo á morir—la otra de mármol ¿eh? y ya sabes, la vas á poner en el extremo de aquella avenida del panteón, donde tantas veces fuimos á mirar los crepúsculos; allá está mi madre, la pobre, que murió lo mismo que yo muero: en este instante de supremo anhelo por la vida, que nuestra propia enfermedad nos trae como ofrenda de muerte... ¡es cruel la tuberculosis! ¿verdad?... bueno, no olvides nada."

Después murió.

Sobre el pupitre lo primero que encontré fueron unas cuartillas escritas: las últimas que pudo hacer.

Ellas eran pocas; pero inmensamente bello el cuadro que esbozaban; no tenían título aún y decían de esta manera:

"Como es hermosa la mañana, en ese corredor que descubro desde aquí, mi adorado cuartito donde estudio y escribo, que tiene una ventana que á más de dar sobre un jardín, me deja ver ese corredor donde va á reír toda su alegría la luz de la mañana.

"¿Y qué más puede querer la vida? Allí hay flores, pájaros que cantan olvidados de la reja dorada que los aprisiona; allí hay risas de niños, una viejecita de cabeza blanca,—como que está hecha con la espuma de una cascada de años,— que platica con los canarios y riega las flores y cuchichea con un gato panzudo é histroso que se tiende en el cuadro de sol á dormir su olímpica pereza.

"Allí hay... dos niñas, dos brotes de un rosal... (Nunca he visto á éste, acaso lo tronchó alguna tormenta de vida, serán huérfanas, por eso las amo) son dos niñas como ángeles, ríen á todas horas. La una contará doce Navidades, la otra habrá aspirado, si mucho, el ambiente de seis Primaveras.

"Nunca riñen, jamás han maltratado al perezoso felino y besan á la viejecita en la frente y en las manos.

"La más chiquita, toma entre sus dedos granillos de alpiste y los da en el pico á los canarios.

"Ayer sorprendí esta escena:

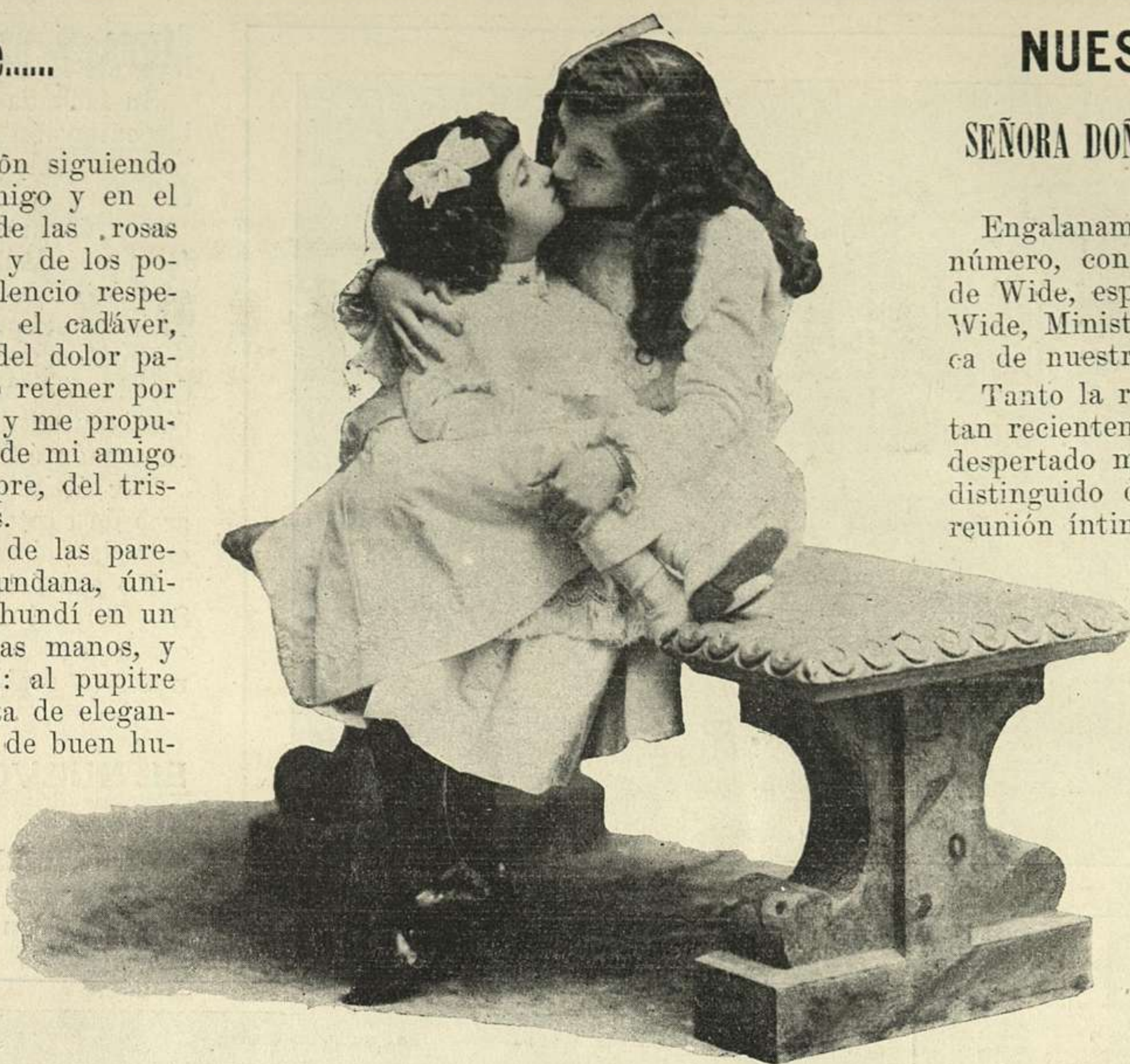
"Era una mañanita alegre," y como ahora, llena de luz y de perfumes. Me despertó la explosión de una risa de niño. ¡Qué hermoso despertar! Yo mismo sonreí á las penumbras de mi cuartucho y por primera vez, desde hace muchos años, no fué el grito que azuza para la lucha el que arrancó el sueño de mis ojos.

"Salté del lecho, abrí la ventana y ví, en ese banco del jardín, á las dos niñas.

"La mayorcita arrullaba y daba de besos á la más pequeña, diciéndole:

"—Soy mamita, duérmete.

"Y la chiquitina reía, reía con extarordinario regocijo, como la mañana, como mi propia alma ante aquel juego tan extraordinario y anacrónico.



"Pero... ¿jugarían ó estarían haciendo remedios de una vida verdadera? ¿Aquella "mamita" sería cierta?

"Mi presencia fué advertida, sin duda, porque la niña mayor sintió mis miradas.

"Levantó los ojos hasta mi ventana y los siguieron los de la pequeñuela.

"Sentí mucho terciar en la escena, pero fué preciso.

"—"Señoritas," tengan ustedes muy buenos días.

"—"Buenos días, señor, contestó la grande con cierta timidez.

"—"A muy buena hora visitan ustedes á las flores.

"—"No, es que traje á la niña para que corriera y jugáramos un rato.

"¡Dios Santo! qué manera de hablar de aquella criatura. ¿Por qué no le llamaría "mi hermanita?" Me asaltó un egoísmo: quise ignorar todo lo íntimo que allí hubiera, para deleitarme en las más bellas conjeturas.

"Para mí esas niñas son huérfanas; la mayor heredó los besos de una madre y los imprime en los labios de la pequeñita; va rumbo á esa vida tan adorable como dolorosa, en que la niñez, la juventud y el señorío se confunden, se estrechan realizando el más sagrado de los ministerios.

"Las "mamitas," desde la que pintó el sublime novelista de la Provenza hasta la mía, serán puntos de luz en las páginas de la doliente realidad que...."

No decía más el manuscrito de mi pobre amigo.

Reuní todas las páginas que su temperamento de artista le dejó trazar y no encontré en alguna de ellas el sitio donde iba á ser puesta la última pincelada.

Fatigado de la labor, me recliné sobre el pupitre y dormí. Me despertó un rayo de luz que entraba por la ventana.

La atmósfera de aquel cuarto que había sido momentáneo albergue de la muerte, la impresión penosa que me había dejado la lectura de la obra de mi amigo, la serie de sensaciones que lleva en sí la hora más fatal de los mortales, todo ello tocaba en mis nervios un salmo de fiebre.

Fuí á la ventana y la abrí de par en par; aspiré un ambiente purísimo y con sublime dolor miré el cuadro.

Todo era real: sobre el banco del jardín estaban las dos niñas mirando con ojos atónitos hacia la ventana. Mi presencia les turbó y ambas se alejaron, calladas y sin volver el rostro.

Deben haber comprendido la catástrofe.

Por lo demás: "Era una mañanita alegre..."

Luis Frias Fernández.

NUESTROS GRABADOS.

SEÑORA DOÑA GUILLERMINA OLIVERA DE WIDE.

Engalanamos nuestras columnas en el presente número, con el retrato de Guillermina Olivera de Wide, esposa del señor Doctor Don Eduardo Wide, Ministro de la República Argentina, acerca de nuestro gobierno.

Tanto la respetable dama como el diplomático, tan recientemente acreditado entre nosotros, han despertado muy gratas impresiones entre lo más distinguido de la sociedad mexicana durante la reunión íntima que ofrecieron el jueves de la semana que acaba de pasar, en su residencia del Hotel "Sanz," y pueden estar seguros que al partir rumbo al Norte, dejan arraigadas simpatías.

Sentimos no haber podido obtener en tiempo oportuno retrato del señor Dr. Eduardo Wide, para presentar á nuestros lectores al diplomático, que reúne á la alta misión de que viene investido, las relevantes cualidades personales que lo hacen acreedor á la más repetuosa estimación.

SR. LIC. J. LUIS REVILLA.

Uno de los pocos hombres que con su vida nos recuerdan una época de lucha en que el valor civil, la energía y el deber nos redimieron, dándonos la Constitución que aún nos rige, acaba de bajar á la tumba.

El señor Lic. J. Luis Revilla, lo mismo que todos los patrios que formaron el Congreso de 1856 á 1857, fué digno de la gratitud nacional.

SR. DR. D. FRANCISCO MARTÍNEZ BACA.

Uno de nuestros grabados representa al mencionado Doctor, nombrado Director Residente de la Penitenciaría del Distrito Federal.

Dicho señor, que ha adquirido práctica y experiencia, siendo Director de la Penitenciaría de Puebla, tiene también nuevos y muy útiles conocimientos acerca del régimen penitenciario en el extranjero, pues con el solo fin de instruirse en este punto, ha recorrido las principales naciones donde el régimen está en vigor.

LA COMPAÑÍA DE SIENI, PIZORNI LÓPEZ.

Habiendo recibido varias felicitaciones por la bondad de los grabados que publicamos en el número anterior y representan al personal de la Compañía de Opera que actúa en el Teatro del Renacimiento, hacemos constar, con gusto, que dichos grabados los tomamos de magníficas fotografías obtenidas por el Sr. Emilio Lange, cuyos talleres, unos de los primeros en su género, están situados en la calle de la Profesa número 2, junto al templo.

BANDO NACIONAL.

Entre nuestros grabados, encontrarán nuestros lectores, ilustraciones que dan idea del importante acto oficial que se verificó el lunes primero del actual: la promulgación del "Bando" en el cual declaró la Representación Nacional, que el C. General de División, D. Porfirio Díaz, ha sido electo Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, en el próximo cuatrienio que termina el año de 1904.

CHIHUAHUA EN LA ACTUALIDAD.

Entre las más progresistas ciudades del país, podemos contar á Chihuahua, capital del Estado de su nombre.

En los últimos diez años se han realizado en



Desfile de tropas.

ella obras de gran interés público, las cuales son dignas de elogio para su propio mérito.

El Palacio de Gobierno, soberbio edificio de dos cuerpos, de hermoso aspecto, se levanta frente a la Plaza Hidalgo. Todos sus departamentos han sido objeto de grandes reformas, y así es como se ve ahora perfectamente acondicionado, ostentando las esplendideces del refinamiento moderno.

El salón de recepciones está decorado con gran lujo. Sus cortinajes, muebles, cuadros y espejos son obras artísticas de primer orden.

No hace mucho recibió igualmente una transformación completa el salón de sesiones de la Legislatura. De trecho en trecho se abren esbeltos arcos protegidos por graciosas columnas de orden corintio. El friso, exornado con riqueza de detalles, presta mayor belleza a la combinación arquitectónica.

Forma la techumbre una cúpula de regulares proporciones, la cual tampoco carece de mérito.

En la plataforma, limitada por una barandilla, se hallan distribuidos los sitios de madera tallada que ocupan los Diputados, durante las sesiones, y en el fondo se levanta el severo dosel de peluche destinado al Presidente del Congreso Local.

Fuera de la barandilla se extienden en dos alas, los asientos destinados al público.

Aparte de estas obras, podemos citar como de las mejores que ha realizado la iniciativa del Sr. Coronel Ahumada, Gobernador de la Entidad federativa a que nos referimos, el Hospital "Porfirio Díaz," edificio grandioso adaptado a las mo-



General en Jefe de la División nombrada para la promulgación del Bando Nacional.

dernas exigencias y que responde en un todo a las leyes de la higiene.

Su fachada de un sólo cuerpo ocupa considerable extensión de terreno. Sus puertas y sus ventanas ojivales, lucen las bellezas del orden gótico.

Los departamentos destinados a los enfermos, forman pabellones aislados, hallándose situados en un jardín que ya comienzan a cubrir los más variados arbustos.

En el centro, se levanta la sala de operaciones, dotada de numerosos instrumentos quirúrgicos y demás utensilios modernos. Esta dotación fué encargada a Europa y a los Estados Unidos.

Por último citaremos, como obra moderna, el arco de cantería que se levanta majestuoso, a la entrada del moderno parque "Lerdo de Tejada."

No son éstas las únicas obras realizadas por el Sr. Coronel Ahumada, en Chihuahua. Hemos citado esas cuantas, por ser las que reproducen nuestros grabados.

EL NUEVO TEATRO DE VERACRUZ

Como resultado del concurso a que convocó el Gobierno del Estado de Veracruz, para la presentación de un proyecto para construir un teatro que ha de substituir en el primero de nuestros Puertos el edificio de igual índole que se incendió, se premió el hermoso dibujo que hoy reproducimos y fué el preferido entre diez que se presentaron.

Es obra de los Sres. Ingeniero Echegaray y Arquitecto Sattine, y desde luego se convino unánimemente en que, además de la belleza arquitectónica, el proyecto satisface a todas las condiciones que se señalaron en las bases del concurso, cuyo plazo expiró el 30 de Septiembre último.

El teatro consta de cinco pisos, siendo el primero el destinado a un gran "foyer" circular, formado por columnas y cubierto por una bóveda troncoónica. Este local puede servir, además del uso común que se le dé, para exhibiciones de cinematógrafo, panorama, etc., y, con sus anexos, también para salón de baile; permanentemente dará lugar para un café, y sus dimensiones son tales, que aun tiene espacio para una pista y un buen número de espectadores.

En el segundo piso, sobre el "foyer," se asienta el patio, y en el tercero, cuarto y quinto pisos, están comprendidos los palcos primeros y segundos y la galería.

El número de espectadores que, según cálculos hechos, cabrán cómodamente en este teatro, es de un mil quinientos.

El número de espectadores que, según cálculos hechos, cabrán cómodamente en este teatro, es de un mil quinientos.

La fachada del edificio, de un hermoso Renacimiento italiano, es bella y monumental, si no por la riqueza y suntuosidad, sí por el cuidado que se ha puesto en armonizar las líneas y en proporcionar las masas y vacíos.

En suma, la construcción del nuevo teatro de Veracruz embellecerá, de seguro, la ciudad, presentará un aspecto moderno y servirá tal vez de modelo a los coliseos que, en adelante, se construyan en la República.

Los Sres. Echegaray y Sattine, se encargarán en breve de dar principio a los trabajos de esta obra notable, como puede verse, así por la distribución como por la proporción y ornamentación del edificio, en el cual están resueltos de una manera enteramente satisfactoria, los problemas de higiene, tales como circulación y ventilación, y los de seguridad pública que son de tanta importancia en los casos en que se inicia un siniestro.



Frente a la Catedral.

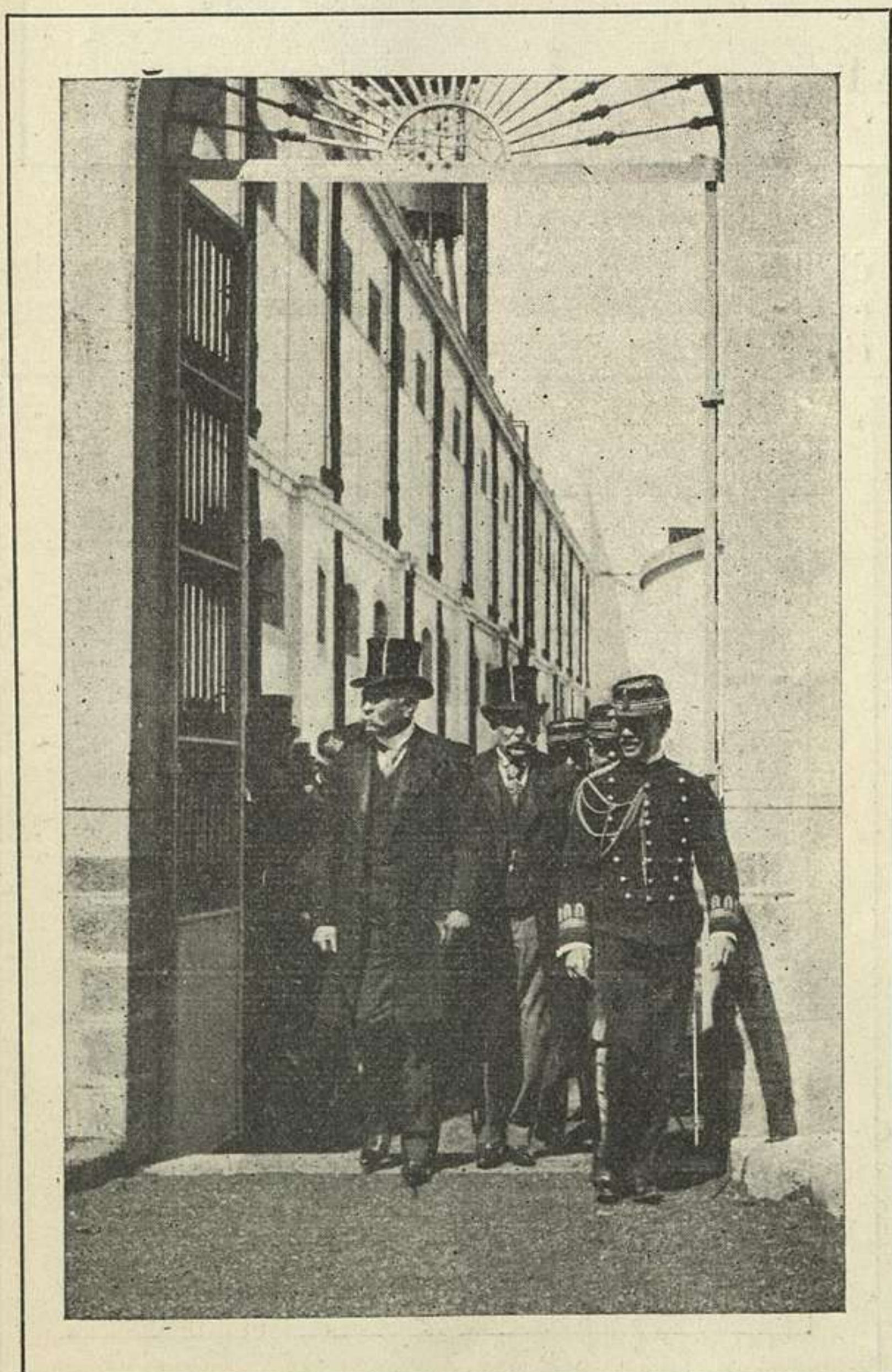
La Penitenciaría del Distrito Federal.

La inauguración oficial del establecimiento penitenciario, se efectuó en la mañana del día veintinueve del pasado Septiembre, con asistencia del Sr. Presidente de la República y Sres. Secretarios de Estado y del Despacho de Gobernación, Hacienda, Justicia, Comunicaciones y Fomento, Gobernador del Distrito Federal, Secretario de Gobierno, representantes de los Poderes Judicial y Legislativo y varias personas prominentes en su situación política y social.

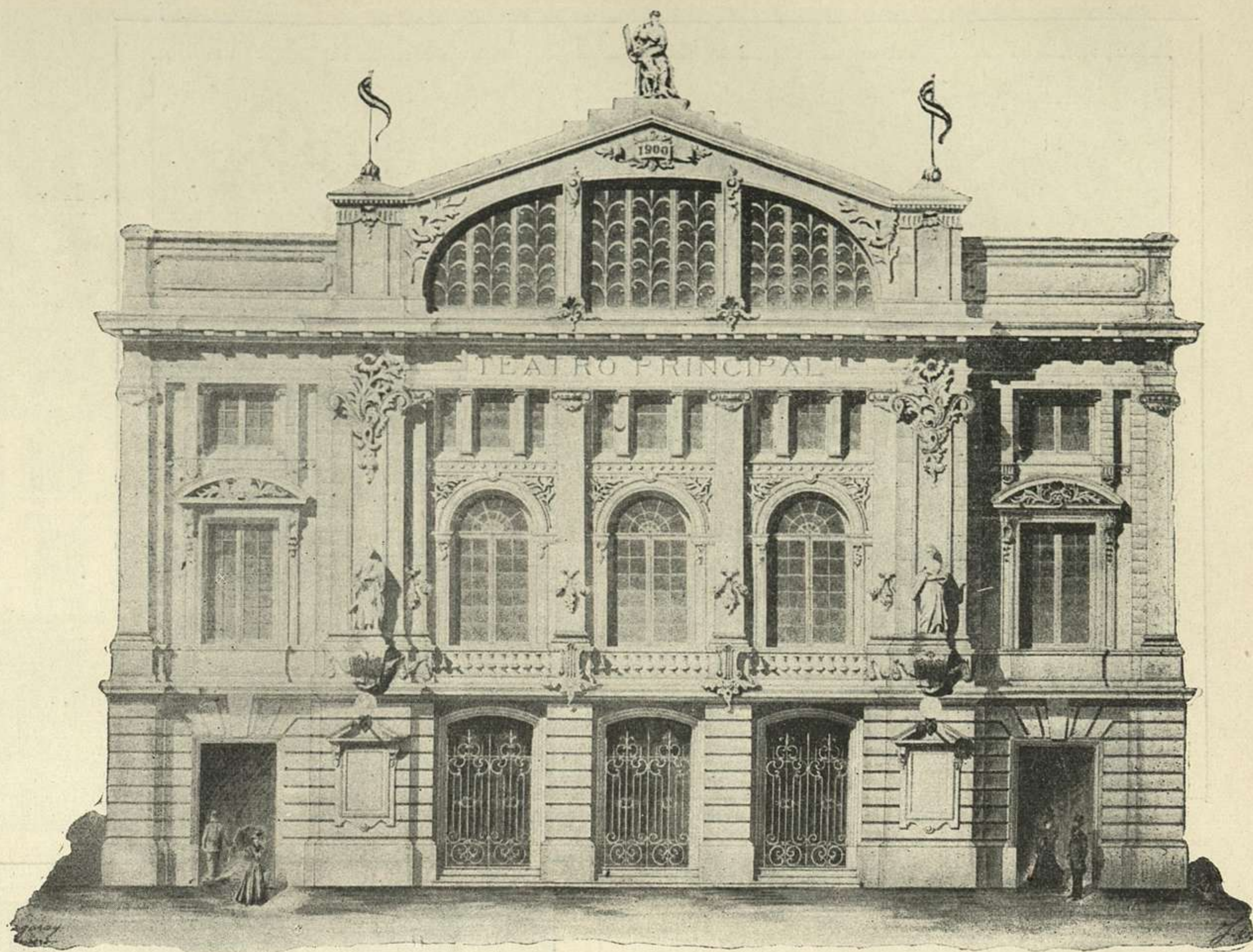
La comitiva oficial fué recibida en la entrada de la Penitenciaría por el personal del Consejo de Directores, que forman los señores Lic. D. Miguel S. Macedo, como Presidente; Lic. D. Agustín M. Lazo, como Vice, y Dr. D. Francisco Martínez Baca, como Delegado ó Director residente.

La ceremonia fué sencilla, como las de su género, y revistió los caracteres de seriedad de actos análogos. Una vez colocado el señor Presidente en el lugar de honor, teniendo á su derecha á los señores Secretarios de Gobernación, Hacienda y Justicia y á la izquierda á los de Justicia y Fomento; situados en sus respectivos asientos los demás invitados y miembros de los altos Cuerpos á que nos referimos, abordó la tribuna el Sr. Lic. D. Angel Zimbrón, Secretario del Gobierno del Distrito, para leer la relación oficial de los trabajos ejecutados en el establecimiento, desde los preliminares hasta los complementarios, no pasando desapercibidos ciertos detalles que pusieron de relieve la ayuda en todos los órdenes del Ejecutivo de la Unión, secundada por los señores Secretarios de Gobernación, Lic. D. Manuel Romero Rubio y General D. Manuel González Cosío. Hizo mención de los trabajos ejecutados por los miembros de la Junta nombrada por el señor Gobernador del Distrito y que integraron personas de representación como los Sres. Lic. José Ives Limantour, General D. José Ceballos, Lic. D. Miguel S. Macedo, Lic. D. José María Castillo Velasco, D. Luis Malanco, Ingeniero D. Antonio Torres Torija, D. A. Rovalo, D. Joaquín M. Alcalde, Ingeniero Don Remigio Sáyago, General D. Pedro Rincón Gallardo é Ingeniero D. Francisco de P. Vera, quienes formaron los proyectos de edificio y esbozaron las prescripciones reglamentarias. Algunos de los nombrados desaparecieron ya de entre los vivos, pero su obra, la que hicieron en conjunto con los supervivientes, ha sido aprovechada tanto en lo material como en lo moral, con algunas modificaciones necesarias.

El propio Sr. Zimbrón, tratando de los sistemas que la Junta había estudiado y propuesto para su implantación en la Penitenciaría del Distrito Federal de México, expresó la adopción que se hizo



El Señor Presidente al salir de uno de los departamentos de la Penitenciaría.



Proyecto de los Sres Echagaray y Sattini para el nuevo Teatro de Veracruz.

del de Croffton, que es el que más cuadra con el carácter de nuestra raza. Al llegar á la relación de los recursos invertidos en la construcción del edificio, nos hizo saber que el costo general de la obra es, aproximadamente, de dos millones, trescientos noventa y seis mil novecientos catorce pesos ochenta y cuatro centavos. Explicó también las causas que habían determinado el aplazamiento de la Penitenciaría, desde el año de 1897, época que había señalado el Ejecutivo, y que fueron, entre otras cosas, la necesidad de conectar los desagües del establecimiento con el gran canal del Desagüe y la de la construcción de otros accesorios, que no por ser accesorios dejaban de ser necesarios y hasta imprescindibles para poner en funciones el conjunto.

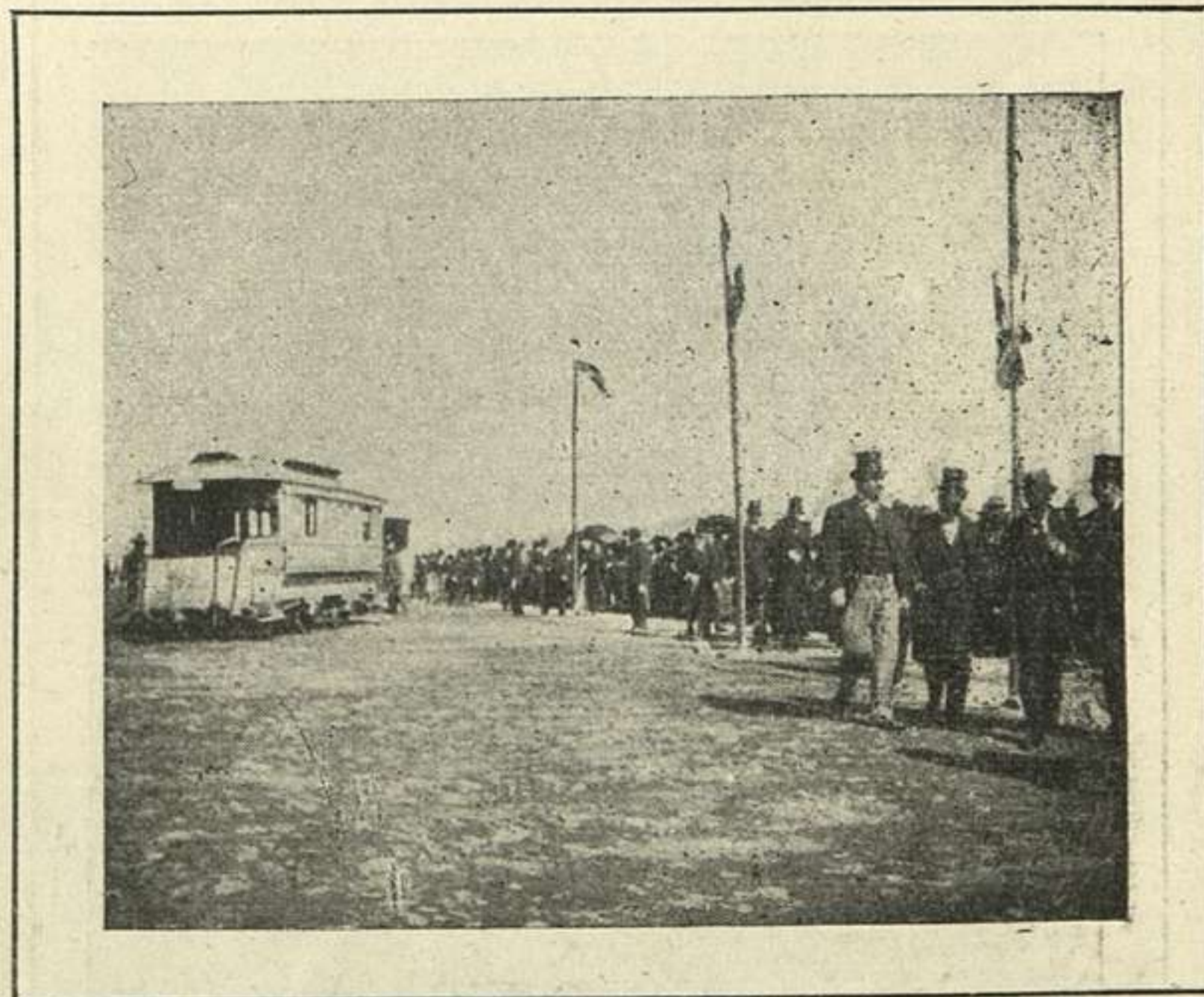
El informe fué escuchado con religioso silencio y aprovechados de él varios datos importantes que son los que ponemos en conocimiento de nuestros lectores. Sucedió al señor Zimbrón el señor Macedo, quien dirigió á los presentes una brillante alocución, en la que campeaban los más avanzados conceptos de la sociología y criminalología modernas, basados en trabajos de insignes criminalistas. Párrafos enteros del discurso fueron objeto de justa admiración, porque se revelaba en ellos la exposición de teorías enteramente nuevas y ajustadas al criterio moderno de los más célebres sociólogos y criminalistas. No resistimos al deseo de transcribir uno de los pasajes del discurso galano y profundo del distinguido orador. "La ciencia,—expresó el señor Macedo,— cree haber encontrado las leyes que rigen el delito considerado como mero fenómeno natural, y por la boca de los iniciados en sus misterios nos anuncia que las tendencias criminales se transforman, pero no se suprimen; que en determinado ambiente social se ha de cometer determinado número de delitos, ni uno más ni uno menos; que cada estado social supone cierto número y cierto orden de delitos, que resultan como consecuencia necesaria de su organización; que la actividad destructora del delito es proporcional á la actividad jurídica, protectora y conservadora, unida á la cual constituye todo el contingente de la actividad humana."

Por el estilo del anterior fueron los párrafos de que se compuso la alocución del señor Director Presidente de la Penitenciaría; los oyentes, que constituían un gremio escogido de hombres cultos, manifestaban su aprobación á las teorías positivas en que descansa el discurso, admirando la fácil concepción del orador para coordinarlas y hacerlas efectistas en el ánimo de los presentes.

Terminada la labor del señor Macedo, le siguió en el uso de la palabra el señor Gobernador del

Distrito, Lic. Rafael Rebollar, para hacer formal entrega al Ejecutivo de la Unión, de la Penitenciaría del Distrito Federal. Breve fué la alocución del señor Rebollar, y en ella abundó en los conceptos expresados por su antecesor en la tribuna. Al terminar dijo: "tengo el honor de hacer formal entrega de la Penitenciaría al señor Presidente de la República," quien inmediatamente se puso en pie para declarar inaugurado el establecimiento, dirigiendo estas palabras textuales: HOY, VEINTINUEVE DE SEPTIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS, QUEDA SOLEMNEMENTE INAUGURADA LA PENITENCIARIA DEL DISTRITO FEDERAL." Los aplausos más estruendosos y entusiastas siguieron á la declaración del Ejecutivo. Esta fué la parte final de la ceremonia.

Abandonado el salón, se dirigió el señor Presidente de la República, acompañado del Secretario de Gobernación, General Don Manuel González Cosío, y del Ayudante de Estado Mayor, Capitán de Ingenieros Porfirio Díaz, á visitar parte del establecimiento, como los locutorios, la cruzía "A," en la que se mostró el aparato ideado por el mismo señor General González Cosío y que sirve para elevar cómoda y rápidamente los alimentos á los presidiarios que habitan las celdas del piso superior.



Llegada de la comitiva Presidencial á San Lázaro.

A las diez y cincuenta minutos de la mañana terminó la ceremonia, retirándose luego el Primer Magistrado, sus Secretarios de Estado y demás miembros de la Comitiva Oficial, y quedando en el interior de la prisión varios de los invitados que desearon conocer el interior del establecimiento.



Tejedores de tapices.

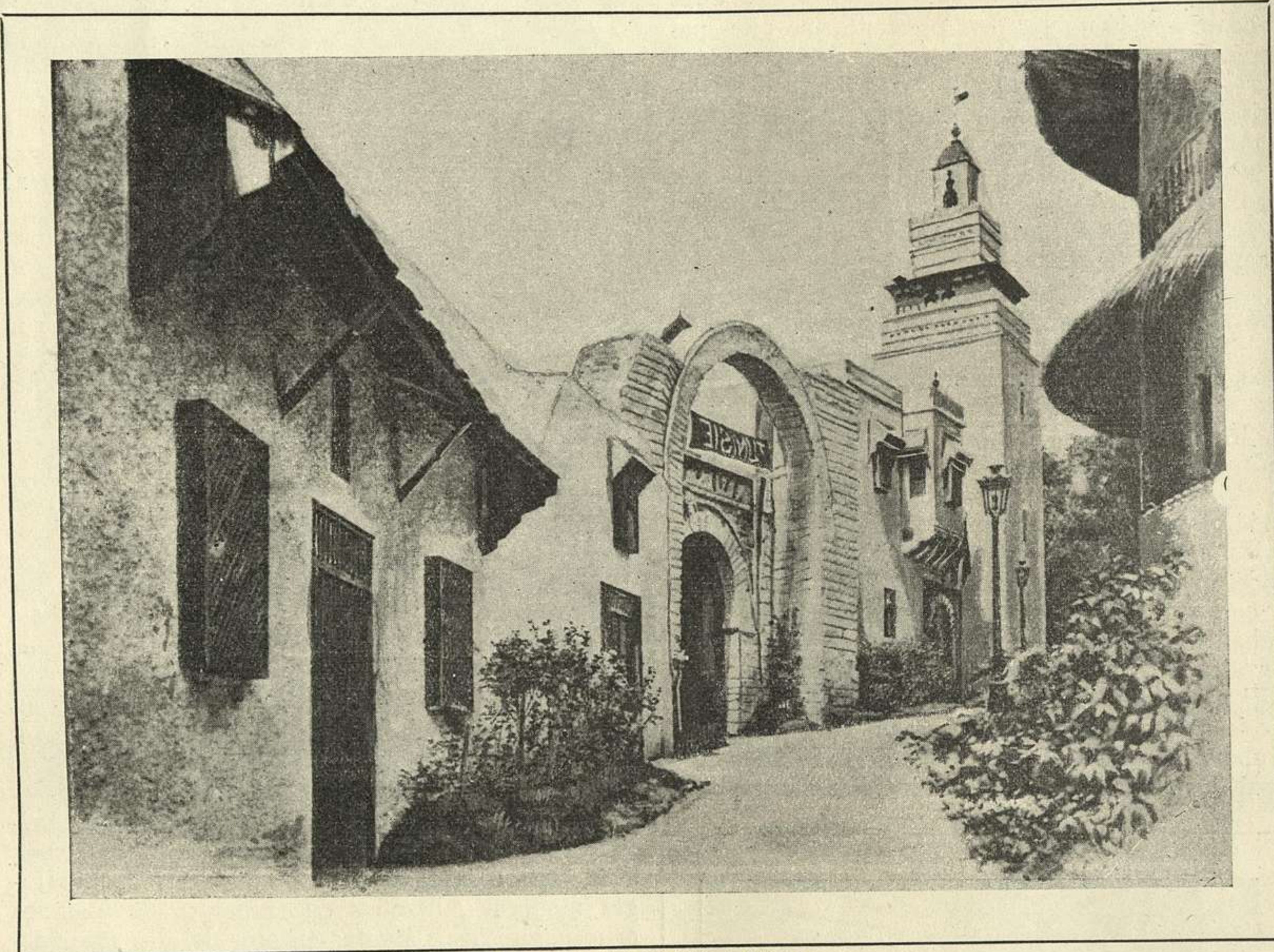
TÚNEZ EN LA EXPOSICIÓN.

Un barrio escogido de una villa Arabe, arrancado, transportado tal cual es hasta los jardines del Trocadero, instalado en la vecindad de los edificios africanos y de las pagodas Indo-chinas, he allí el cuadro de la Exposición tunecina. No hay que decir que dicho barrio resume toda una ciudad y aun todas las ciudades de Túnez. Comprende las mezquitas, los "souks" ó mercados cubiertos de cafés, de restaurants, de tiendas; á ellos se tiene acceso por poternas, después de haber rodeado los muros de defensa. En fin, como por azar, los muros y las puertas, los "souks" y las mezquitas, resulta que reproducen, en totalidad ó en parte, las construcciones más características de la Regencia.

En las construcciones de éste género es donde triunfa la arquitectura de 1900.

Antes de penetrar en el recinto tunecino por una de las innumerables puertas que en él se abren, conviene hacer exteriormente un rodeo al lugar. Dos costados presentan fachadas regulares, que se encuentran en ángulo recto. Los otros costados forman curvas, el uno hacia fuera, y forman un ángulo agudo frente al pabellón del Senegal. Esta última parte de las murallas de la aglomeración tunecina, es de lo más pintoresco.

Remontemos ahora la pendiente de la avenida, y hagamos nuestra entrada por la puerta central. Desembocamos en un vasto patio-jardín, que envuelve construcciones variadas, dispuestas sin cuidado alguno de simetría ó alineamiento.



La puerta «Bab-Djedid» de Tunes.

A la derecha, conduce al edificio principal una gran escalera, cuyo edificio es la mezquita de Sidi-Mahres (Túnez). En frente, el elegante pabellón de la Manouba está flanqueado á derecha por la Zaouia de Sidi-Bel-Hassem (Sfax). Detrás de nosotros, la construcción que acabamos de atravesar reproduce una série de casas de los oasis del Djerid. Por todos lados aparecen pasillos abovedados, callejuelas cubiertas, bordeadas de tiendas. Aquí y allí se levantan kioscos, tiendecillas que presentan las mercancías al viento. En fin, en un rincón, una tienda nómada, bajo la cual los indígenas tejen tapices, y está rodeada á toda hora de un círculo de curiosos.

Como todas las exposiciones de la sección colonial, la de Túnez tiene un doble aspecto: es pintoresca é instructiva. El color local no falta, así como tampoco los documentos oficiales. El paseante que no hace sino transitar, y el visitante concienzudo que se detiene, uno y otro encuentra allí su atractivo. Y, gracias á la íntima mezcla de lo divertido y lo severo, el paseante no deja de adquirir al paso algunas enseñanzas prácticas, mientras que el curioso de las estadísticas y de los productos, tiene un instante de recreación atravesando los "souks" ó gustando una taza de café Moro "á beber y á comer," como dicen los rótulos humorísticos de los cafes tunecinos.

Los "souks" y las tiendas que rodean el gran

patio, están ocupados por tres bazares, un vendedor de tabaco, el alfarero, tejedores de palma, y peluquero, un tapicero de Kairouan, un cincelador sobre cobre, un bordador de cuero, un bordador sobre vestidos, etc., etc., y en fin, un cocinero indígena, hábil para preparar el "coucous" auténtico y el carnero al "felfat."

Estos artesanos trabajan á los ojos del público y se abstienen de hacerle aceptar sus servicios, ó cuando menos, no le solicitan sino con moderación. Pero la costumbre en los bazares es la misma que en la vecina Argelia, que en el palacio Egipcio, que en el palacio imperial Otomano de la calle de las Naciones, etc., etc. Cínicos y familiares todos esos Levantinos, tanto los de Túnez como los de Alejandría, de Constantinopla ó del Asia Menor, no se contentan, con obsesionar al transeunte con sus ofrecimientos y sus invitaciones. Toman voluntariamente á los hombres por el brazo, á las mujeres por el talle, para atraerlas delante de sus tendidos. Estos procedimientos divierten á una parte del público de la Exposición y disgustan á la mayoría.

En Túnez, por felicidad, la danza del vientre—complemento y agravante de todos los bazares—ha sido suprimida. El comisario no la ha querido.

El conjunto presenta un cuadro muy completo de la situación de Túnez en 1900, es decir,

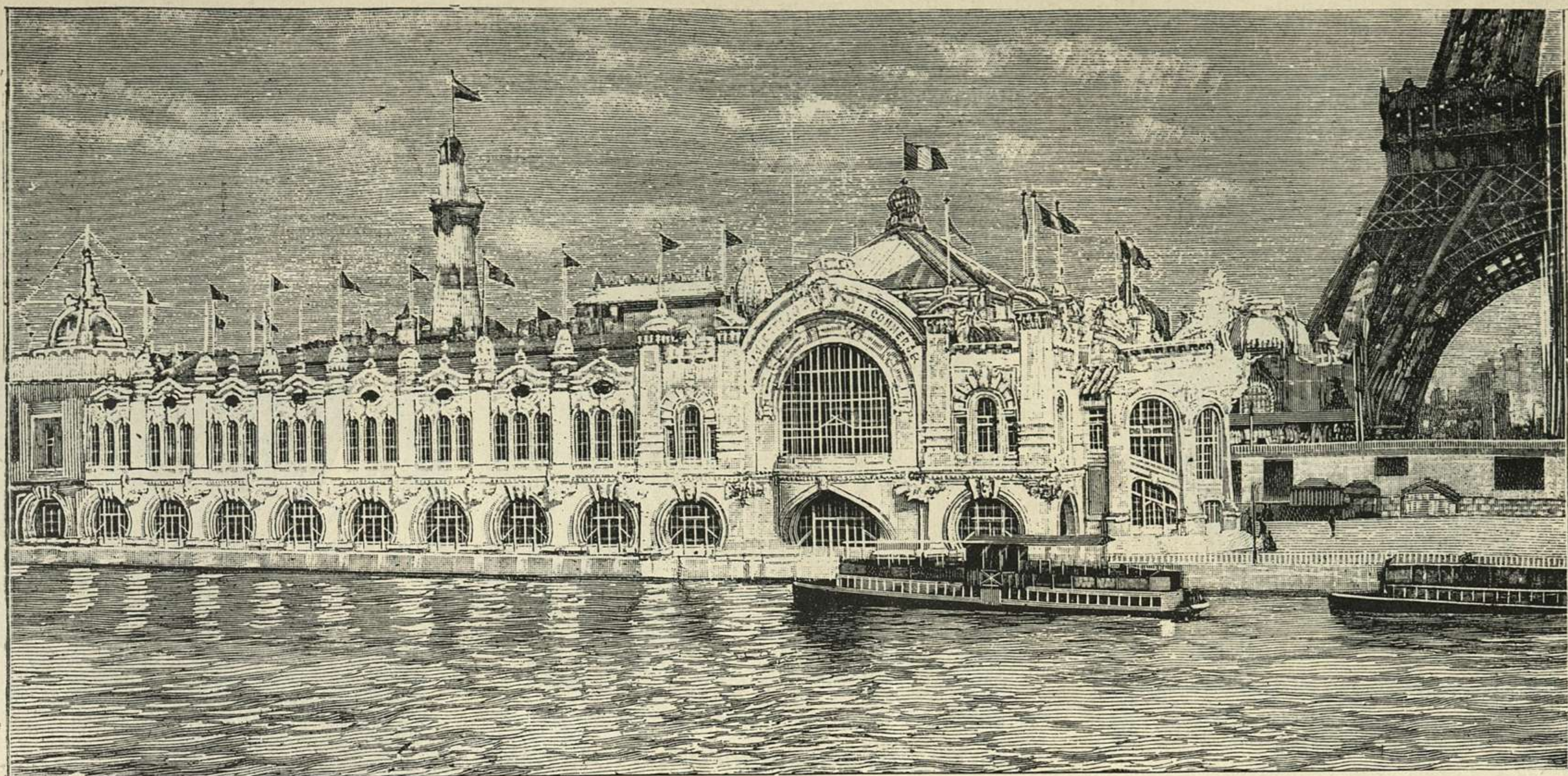


Café.

diecinueve años después del tratado que ha colocado á este país bajo el protectorado de la Francia.



Fabricando un sombrero.



PARIS.—Fachada principal del Pabellón de la Navegación mercante.

Palacio de la Navegación del Comercio.

El Palacio de la Navegación del Comercio se levanta sobre la calle, entre el puente de Jena y el Palacio de los Ejércitos de tierra y de mar, formando por decirlo así, el "pendant" del Palacio de las Flores. Precisamente á causa de esta situación y de la necesidad de dar á los dos vastos edificios cierta similitud, el comisariato general creyó deber confiar la construcción del Palacio de la Navegación de Comercio, á los arquitectos ya encargados del de las Flores, de modo que allí se encuentra de nuevo el genio de los jóvenes y hábiles arquitectos, cuya obra ya se ha admirado del otro lado del puente de Jena.

Aunque simétrico con el Palacio de las Flores, el Palacio de la Navegación de Comercio, es de un estilo muy diferente.

Concebido en el espíritu de los palacios venecianos, que bordean el Gran Canal de Venecia, este Palacio ha sido ejecutado con la visible preocupación de sacar partido del largo río que le baña.

La arquitectura se compone de siluetas que se destacan ya sobre los techos y los muros, ya sobre el cielo, y que dan al agua curiosos efectos de reflejos, tan rebuscados en Venecia.

La soberbia fachada del Palacio de la Navegación de Comercio, se extiende sobre una longitud de 125 metros y se descompone en dos partes muy diferentes; partiendo del puente de Jena se encuentra, desde luego, un patio cuadrado de 20 metros de costado, rodeado de galerías de la altura de un piso. Este patio cuadrado tiene un hermoso aspecto, y las largas aberturas de cada fachada, son de un atrevimiento muy grande; la bóveda, con sus artesonados de madera pulida,

da con perfección, la impresión de la carena de un navío volteado.

Haciendo prolongación á este patio cuadrado, se extiende una inmensa galería de 75 metros de longitud, igualmente rodeada en la planta baja, y en el primer piso de una galería de 8 metros 50 centímetros de largo.

Las exposiciones que han tenido lugar en el Gran Palacio, presentan un vivo interés. Allí se encuentran las exposiciones de las compañías de navegación, de la Compañía del Canal de Suez y de los principales constructores de navíos, así como las de las industrias que tienen conexión con dicho arte, tales como la pintura, la decoración y las bombas mecánicas, accesorios de la navegación, aparatos eléctricos para la transmisión de órdenes, etc., etc.

En la escalera de honor, se encuentra la Exposición de la Unión de los Yachts franceses: modelos de buques de placer, estatutos de sociedad, pabellones, etc., etc.; conjunto que es muy decorativo.

Bajo la cúpula, ha expuesto la Sociedad central de salvamento de naufragos, con una grandeza natural, todos los aparatos de salvamento en uso sobre las costas de Francia.

Más lejos, en el patio de que hemos hablado, está la Exposición retrospectiva, desde 1800, de los modelos de buques de carrera y de comercio. Se admira una colección muy bella de grandes y pequeños buques de cabotaje. En seguida están colocadas las Exposiciones rusas, alemanas, americanas, inglesas (navegación comercial, chalupas y canoas, amarras, grúas, objetos de salvamento.)

Los medios de salvamento, que siniestros tan recientes hacen particularmente interesantes, es-

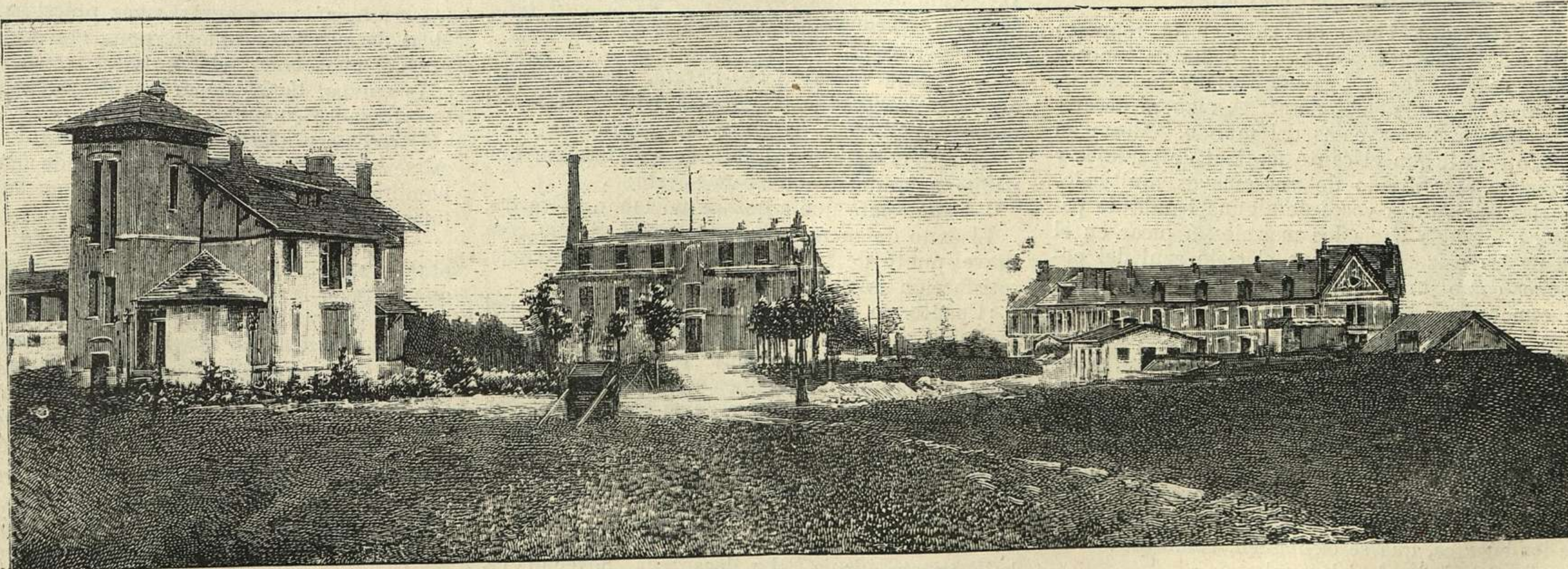
tán representados tanto en la gran galería como en la galería especial reservada á los concursos de Pollock. Se recuerda que, desde el naufragio de la "Bourgogne" una familia muy herida por este desastre, ha fundado un premio de cien mil francos destinados á recompensar la mejor máquina de salvamento.

La segunda parte del concurso está consagrada á los aparatos de salvamento para el conjunto de los pasajeros.

EL SANATORIO DE ANGICOURT.

A la fecha, el consejo municipal de París, debe haber inaugurado con gran pompa, el sanatorio edificado por la Beneficencia Pública de París, sobre la meseta que domina la pequeña villa de Angicourt, en cuya ceremonia iba á hacerse patente toda la importancia de los esfuerzos hechos y por hacerse, con la mira de combatir la terrible plaga de la tuberculosis.

Creando este sanatorio para los tuberculosos adultos, la Beneficencia Pública está en vías de llevar á cabo una hermosa y buena obra; pero, no hay que ver en él aún sino una primera tentativa, un ensayo, por decirlo así, que será el primer escalón de una obra colosal. Si todos los Estados civilizados se preocupan vivamente de la lucha contra la tisis; si la Alemania, gracias á la iniciativa privada, se encuentra actualmente dotada de gran número de sanatorios edificados con los últimos adelantos de la ciencia, no por esto está el problema menos alejado aún de una solución práctica, dadas las numerosas dificultades que se levantan ante los esfuerzos higienistas.



Vista general del «Sanatorium» de Angicourt.



Sr. Dr. D. Francisco Martínez Baca,
Director de la Penitenciaría del Distrito Federal,
inaugurada el 29 de Septiembre.



Sra. Doña Guillermina Olivera de Wilde



Lic. J. Luis Revilla,
Diputado al Congreso Constituyente de 1856-1857.
† el día 1º del actual.

EL CANTO DEL BOHEMIO.

Yo soy bohemio, no tengo nada,
Ni hogar ni tienda, vago al azar;
Vivo á la sombra de la enramada
Junto á una peña que azota el mar!
Es verde el piso y azul el techo:
(El mar y el cielo que oyen mis cuitas)
Y sobre el césped forman mi lecho
Mil tuberosas y margaritas.
Son mis amigas: todas las flores,
Que por la playa miro lucir,
Y son los pájaros los trovadores
A cuyos cantos suelo dormir.

Y por la noche, con las estrellas
Vivo contándoles por placer,
Todas mis penas... ¡ay! mis querellas
Las hacen siempre palidecer.
Pero á la sombra de la enramada
Junto á una roca que azota el mar
Mi princesita, mi enamorada
Me viene, á veces, á visitar.
Y es mía su boca—toda ternura—
Es mía su frente, su frente altiva,
Y son testigos de mi ventura
El mar, abajo, y el cielo, arriba.
¿Me amas? Murmura, quedo, muy quedo....
.... Sí, silba el viento junto á la roca,
¿Oyes? me dice, yo tengo miedo,
Dame tus brazos, quiero tu boca!

Junto á mi pecho su cabecita
Me pongo á veces á acariciar;
Y así se duerme mi virgencita
Junto á la playa que azota el mar!
O mientras coge su linda mano
Aquí una concha y allí una flor
"Mira," me dice, "ves el Océano,"
"Es infinito como mi amor!"

Así en las tardes mi enamorada
Me viene á veces á visitar,
Bajo la sombra de la enramada
Junto á la peña que azota el mar!

Elias L. Torres.

Molinos de Maíz.

El pueblo, blanco y pequeñito, al pie de la montaña, entre los árboles, es un huevo de paloma; aparece como ninfa desnuda, deslumbrante de blancor, adormecida en el valle, á la sombra.

Desde el camino, el viandante, al mirar la aldehuela, bajo las ceibas florecidas, piensa ver una perla al través de una esmeralda.

Aquello es paradisiaco. Las casucas no trepidan al paso de los trenes; ni turban el silencio de la comarca las rápidas locomotoras.

El pueblecito, como olvidado en el repuesto valle, á la falda del monte, qué había de conocer luchas de grandes intereses, ecos de industrias, rumores de ciudad populosa! A manera de eremita, ignora de las cosas del mundo. Hasta su recinto sólo llegan el canto matinal de azulejos y turpiales; el chirrido de guacamayos multicolores; las estridentes voces de alguna banda de pericos, que vuela hacia los maizales, á picar en el oro de las mazorcas, y raya el cielo azul del poblacho como una cinta verde, como una nube de esmeralda.

El pueblo es dulce; pero monótono. Allí no hay otro espectáculo sino el de la naturaleza, siempre nuevo, siempre hermoso, grato siempre á la vista del hombre.

A trechos, en la montaña, los conucos florecen; en los claros del monte las rozas humean; y plantaciones de café, pequeñitas, desaparecen cubiertas de nevados jazmines, á la sombra bienhechora de los búcaros, que se extienden, como quitasoles de púrpura, bajo el cielo azul.

Fué en este pueblo arcádico donde instaló D.

Sergio, vecino del lugar, una molienda de maíz.

La industria de D. Sergio prosperaba. Desde mucho antes del advenimiento de la aurora el molino hervía en gente.

El pueblo, agricultor, se levantaba con el alba á cultivar el campo que florecía como un opimo cuerno de la abundancia; y al abrir los ojos lo esperaba sobre la mesa, en el copioso desayuno, la "arepa" calentita, provocante y dorada.

Viendo el molino rebosante de personas, y á D. Sergio atareado, feliz en la faena, los madrugadores empedernidos al pasar, lo saludaban con una sonrisa.

—¿Mucho trabajo, D. Sergio? preguntaban algunos, lisonjeando de propósito la vanidad del molinero.

El respondía con miradas de satisfacción, que pudieran traducirse de esta suerte:

—Comprendo que admiráis mi labor. Gracias.

El éxito de su negocio era para D. Sergio cosa grave, punto de honor, orgullo de su existencia, satisfacción la más cumplida de su vejez.

¡Cuánto no le costaba el implantamiento del molino! ¡Qué lucha contra un pueblo, contra un pueblo íntegro, y sobre todo, qué triunfo! Los detractores más empecinados de su proyecto eran hoy propagandistas de su obra. La lucha fué horrible.

—Este hombre está loco, manifestaban algunos; quiere turbar las sanas costumbres de nuestro pueblo.

—Eso va directamente contra lo estatuido por la Escritura, decía. La decantada novedad es, en resumen, la remisión del trabajo, como que

hoy muelen á la mano el maíz, y el trabajo es impuesto del Señor, castigo de la primera culpa.

Todos convenían en ello. Muchos aventuraban que sería peligroso provocar los sentimientos del pueblo. Este, muy bien hallado sin molinos, repugnaba innovaciones que pudieran aportar fatales consecuencias.

El grito de guerra repercutió en los corazones. D. Sergio se proponía llevar á término una obra contra el tenor expreso de los Libros Santos; é interrumpía bruscamente sanas prácticas establecidas de antaño. Aquello, pues, era inmoral. El pueblo lucharía con el innovador irrespetuoso.

Los unos, llenos de ardor bélico exclamaban: —Primero sucumbir.

Otros, poco afectos á las decisiones de la fuerza, se lamentaban de que un padre de familia, un hombre honorable, diera albergue en su alma á tales propósitos.

A pesar de todo, venció D. Sergio. Ya su obra era no solamente mirada sin ojeriza, sino que mereció la sanción del nuevo cura del lugar. Cuanto al antiguo, ni al tiempo de cambiar feligresía consintió en absolver al molinero.

Una mañana corrió en el pueblo la noticia de que el Sr. Justo Redil, acaudalado mercader, pensaba en el establecimiento de otro molino.

Cuando lo supo, D. Sergio se indignó.

¡Cómo! Había él luchado sólo contra viento y marea para luego de obtenido el éxito, venir á compartirlo con nadie? Eso, jamás. El ó el otro. El pueblo sería el juez. Y como interesado en el litigio se abstuvo de opinar.



A las preguntas contestaba con una ironía.

—Ya veremos, señores; todos los barcos caben en el mar; sino que algunos naufragan.

Pero D. Sergio en lo íntimo de su corazón, protestaba contra aquel pueblo expectante, que esperaba la lucha cuasi alegre. A D. Sergio el solo intento de Redil le parecía una estafa.

En la población se formaron partidos. El uno celebraba sesiones en el molino, y vociferaba contra D. Justo. Aquello era arrebatarse el bocado a un padre de familia.

—No podemos presenciar esta lucha impasibles, gritaban.

—D. Sergio sucumbe.

—No, no.

—Sí, señores, ese D. Justo está podrido de dinero; bien puede echar un chorro de monedas por la ventana.

—Es una brega de tigre con asno.

—Eso no, caballeros, interrumpía D. Sergio, indignado ante la afrenta de la comparación. Quien luchó contra un pueblo, sin salir maltrecho, bien puede atreverse con un capitalista.

Otro círculo, partidario de D. Justo, se congregaba en la botica. El farmacéuta era el alma de la reunión. Recién llegado al lugarejo, farmacéuta titular, bachiller, joven como de treinta años, Remigio, vástago único y heredero del antiguo boticario, respiraba entre los mozos del pueblo, sus amigos, atmósfera de respeto, cuasi de sumisión. Todos deferían á sus opiniones. No en balde discurren cinco años de vida en una lejana capital de provincia, en la Universidad, entre estudiantes.

El prestigio del farmacéuta era muy justo, máxime porque Remigio se esmeraba en consolidarlo con su "hablar polido," exento de provincialismos. La sociedad femenina, con donosura, lo apodaba de "banano." Remigio nunca quiso decir al plátano "cambur," como las gentes del lugar, sino bananó, según el nombre castizo de la fruta.

"Banano," pues, defendía el propósito de D. Justo Redil en nombre del Progreso.

—Es imposible permanecer estacionarios; decía; el carro del Progreso pasará por cima de nosotros. No seamos los indios de ese Jagrenata del Occidente que se llama la Civilización.

Su discurso hacía eco. Por todas partes, en la reunión, se levantaban voces aprobatorias.

—Tiene razón Remigio.

—Sí, sí, á donde iríamos á parar.

Y corrió el tiempo en estas luchas de círculos, entre disparos de envidias, dardeos de vanidades, gritos de pasiones, ecos de la estupidez.

Por fin, quedó instalado el nuevo molino. Las piedras, de granito azul, brillaban, al moler el grano de oro, en una rotación vertiginosa. El

motor, en nada parecido al caballejo desmedrado de D. Sergio, era un coquetón vaporcito inglés, vertical, resplandeciente, como pavonado de obscuro. Parecía un africano corpulento de músculos poderosos; negro enorme por cuya garganta, el húmero, brotaba aliento de nubes; suerte de monstruo etíope que al recibir el alimento de carbón y leña, dejaba ver, palpitantes, las entrañas de fuego.

La mera comparación de los molinos constituía una injuria al pobre D. Sergio.

Las molenderas hablaban de la antigua maquinaria con desdén insufrible.

—Las piedras están cascadas, decían.

Algunas almas sin piedad hacían mofa del caballito, parangonándolo cruelmente con el vapor de D. Justo.

—Cualquier día revienta de rabia ese potrocerril, expresaban.

—De veras, respondía alguien, es tan soberbio el animalucho que á las veces dice á no andar, así lo fustiguen.

La acerbidad de la antigua clientela constituía fuente inagotable de tristeza para el pobre Don Sergio.

El contó siempre con que una parte de aquellas malas pécoras le sería fiel. El se imaginaba, en justicia, acreedor de algunos agasajos, de algunos miramientos, de algún cariño. ¡Cuántas veces lo sorprendió la media noche en la tarea de escribir y repasar los nombres de muchas de ellas, imaginando que no lo abandonarían!

Formó su lista.

—Fulana no se me va, pensaba; de Zutana no estoy seguro.

¡Pero cuánta perfidia! La lista mermaba de diario. Todas las mañanas era menester testar un nombre.

Ya D. Sergio apenas si podía mantener con Redil la competencia.

Echaba cálculos. D. Justo perdía, es verdad; pero él, D. Sergio, se iba poco á poco arruinando. D. Justo era capitalista; él no. Al uno nada le importaba perder en el negocio; tenía qué. Al fin, quedando solo, se resarciría con creces. Entre tanto, ¿cómo vivía él sin ganar? Ya casi estaban moliendo de balde. Los ingresos apenas cubrían los gastos.

Pero él odiaba tanto á su competidor, tanto mal le produjo Redil, tan profundamente hirió su honra de industrial, por modo tan cruel deshizo el patrimonio de sus hijos, la dulzura del hogar, la paz de sus años, que D. Sergio, encontrando fuerzas en sí propio, compañía en su rabia, sostuvo en su encono, luchaba y luchaba sin esperanza, por el orgullo de su nombre, por el amor de su casa, por el odio de su enemigo.

Uno á uno los amigos lo abandonaban.

—D. Sergio, no sea usted caprichoso, le decían. ¿Por qué no cede?

D. Sergio se indignaba á tales propuestas. Y entonces las filas de los afectos clareaban, como las filas de los clientes.

"Dios mío, qué solos se quedan los muertos."

En cambio, D. Justo, maldecido al implantar su empresa, ahora era imán de simpatías.

—D. Justo sí es hombre de negocios, expresaban los parciales de Redil.

Los pocos fieles á D. Sergio manifestaban que Redil, cuando menos, era oportuno. No bregó como D. Sergio y obtuvo mejores resultados.

Algunos decían:

—Es ahora cuando nuestro pueblo es apto para molinos.

Era necesario convenir en que D. Sergio se aventuró prematuramente.

D. Sergio ya no pudo más. El molino, una madrugada, estaba desierto.

El molinero, meditabundo, se asomaba á la puerta de cuando en cuando.

La obscuridad, muy densa, no permitía ver sino una impenetrable aglomeración de sombras.

D. Sergio oía el silencio.

Su camarada de fatigas, Pedrito, mozalvete como de cuatro á cinco lustros, dormía arrinconado, adentro, bajo un farol de luz muriente. El farol arrojaba en las baldosas del pavimento una débil claridad. Pedrito dormía en un charco de luz.

El molinero, siempre meditabundo, paseábase, las manos en los bolsillos, la barba hundida en el pecho, arrebuñado en su cobija de paño azul.

Corrieron una, dos horas. Pedrito permanecía inmóvil, en su rincón; el caballo no pestañaba; el molino, silencioso, decía cosas tristes.

No llegaba nadie, sino la aurora. El cielo, clareante, se comenzó á franjar con líneas de un verde extraño, que fué poco á poco, transformándose en violeta y opalizando el horizonte.

Las líneas de color, ensanchadas, se hicieron bandas, cintas, gasas, que ceñían el cielo de oriente. Y desde el cielo comenzaron á caer rosas, muchas rosas de luz, todas las rosas de la mañana.

D. Sergio se detuvo de pronto á la puerta, por donde entraba toda el alba riendo. La claridad caía en su rostro, pálido de angustia.

Su tez blanca, su barba blanca, sus cabellos blancos también, resplandecientes á la luz matutina, daban al viejo un aspecto marmóreo. Detenido en el umbral, frente á la aurora, parecía una severa estatua de guerrero, épico mármol olvidado en el fondo de una floresta virgiliana, y cubierto de campanillas color de cielo.

Nadie llegaba. D. Sergio pensó que su molino, á estas horas, ya hervía en gente. Recordó su lucha, su triunfo. Después se vió vencido por un rival afortunado y poderoso.

Sus ahorros del molino, primero, después su pequeña plantación de café, patrimonio de sus hijos, todo lo consumió la hoguera santa de aquel odio, la llama de aquel doloroso deber.

D. Sergio se apoyó contra su molino, se llevó la mano á las sienes y por su rostro de mármol corrieron abundantes hilos de lágrimas.

Por su frente pasó un relámpago, una nube de sangre.

Pensó en matar, se dispuso á matar, corrió á matar. Pero un momento, transido de dolor, se re-



clinó nuevamente sobre las piedras del molino, de aquel molino amado, orgullo de su nombre, amor de su vejez y causa de su ruina; se reclinó, y vertiendo amargo lloro, á la luz de la mañana, en un apóstrofe murmuró el pobre viejo:

—¡Dios mío, qué injusticia!

Rufino Blanco Fombona.



A LA CAIDA DE LA TARDE.